
R. CORTIELLA
S.S
SERVICIO
SECRETO
GEORGE H. WHITE
LA MUERTA
HABLO A TIEMPO

GEORGE H. WHITE

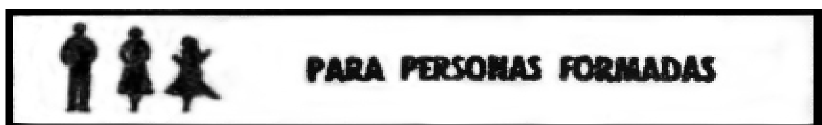
LA MUERTA HABLO A TIEMPO

1.ª EDICIÓN
MAYO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPOSITO LEGAL B 2933-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. H. 600/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

557.—Filón de oro. 573.—Aquí sobra uno. 595.—Cenizas de rencor.

En Colección SERVICIO SECRETO:

397.—Alarma en el canal. 433.—Operación iceberg. 463.—Secuestro sensacional.

En Colección BUFALO:

313.—Los jinetes de la venganza. 321.—Río perdido. 325.—Missouri sangriento.

En Colección CALIFORNIA:

119.—Guerra hasta el fin. 156.—El jinete enlutado. 177.—Dos tumbas para un cadáver.

En Colección SALVAJE TEXAS:

110.—El pastor del Colorado.

En Colección KANSAS:

23.—El expreso de los Angeles. 42.—La herencia del *gun-man*. 61.—Yo maté. 69.—Ciudad de corrupción. 99.—Corazón de gigante

En Colección COLORADO:

74.—Ciudad del oro.



CAPITULO I

Una gran tormenta descargaba sobre Nueva York en las postrimerías de aquel prematuro anochecer de un día de otoño, mientras el taxi que había tomado en la estación, conducía a Patrick Harkness por las alturas de Fort Tyron hasta su casa de Dyckman Street.

La negra cinta de asfalto, abrillantada por la lluvia, estaba cubierta de hojas secas desprendidas de los árboles que flanqueaban la carretera. Mentalmente, Patrick reconstruyó la vieja melodía que este mismo camino le inspiró en una tarde de otoño ventosa y fría, «Hojas sobre el Asfalto». Y sonrió para sí recordando la cantidad que había percibido por su partitura, doscientos cincuenta dólares. El editor debió ganar con aquella melodía más de veinte mil.

Mientras Patrick se rodeaba de sus recuerdos allí en el rincón del automóvil, el conductor retiraba el pie del acelerador y aplicaba los frenos parando el vehículo ante un cartel indicador.

—Es por aquí, ¿verdad?

Patrick se inclinó hacia adelante.

—Sí — dijo —. Entre por ese camino y deténgase ante la primera casa a la derecha.

El taxi rodó por una carreterilla asfaltada y fue a detenerse ante la blanca valla de madera de una casa de ladrillos rojos de dos plantas. Al otro lado del camino se veía entre los árboles otra casa rodeada de jardín.

Antes de salir del coche, Patrick pagó el importe de la carrera. Luego agarró la maleta, empujó la portezuela y saltó resueltamente al asfalto, trasponiendo la verja y corriendo por el sendero de hormigón bajo la lluvia hasta la marquesina que cubría la puerta de la casa. El taxi dio la vuelta y se alejó.

Patrick, hurgando en su bolsillo, extrajo un llavín extraplano que metió en la cerradura. Pero antes que hubiese tenido tiempo de dar vuelta a la llave, la puerta se abrió desde dentro y una voz grave dijo en la oscuridad:

—Hola, señor Harkness. Bienvenido al hogar. Entre.

El rostro del hombre era sólo una mancha pálida entre las sombras. Patrick inició un instintivo movimiento de retroceso, pero una fuerte mano se adelantó cogiéndole de las solapas y le metió dentro de la casa de un tirón. La puerta cerró con seco chasquido, y la misma voz ordenó secamente:

—Encended las luces.

Escuchóse el «clic» metálico de un par de interruptores. Las luces brillaron, y Patrick se vio en aquel familiar salón que él mismo había amueblado con tanto gusto, rodeado de tres hombres que tenían fijos en él sus ojos duros y hostiles. Dos de ellos vestían gabardinas estrechamente ceñidas por el cinturón. El tercero era más corpulento y vestía un ttemo gris oscuro. Tenía la frente estrecha, sombrío el ceño y los labios gruesos y brutales. Fue este individuo quien habló. Dijo:

—Me llamo Clyde Lawrence. ¿Me recuerda?

—No — dijo Patrick descansando la maleta en el suelo.

—Estuve una vez aquí con su hermano Sterling.

—Usted perdone—dijo Patrick, frunciendo el ceño. No le gustaba la catadura de aquellos tipos, y realmente no hizo ningún esfuerzo por recordar —. Soy bastante mal fisonomista.

—Puede que usted no me recuerde, Harkness. Per yo he seguido con mucho interés su carrera... y crea que he esperado con verdadera ansiedad a que saliera de presidio.

Lawrence sacó del bolsillo un periódico doblado por su primera plana, de tal forma que quedaba visible una fotografía encabezada por un rótulo: «HOY SERA PUESTO EN LIBERTAD, DESPUÉS DE SEIS AÑOS DE CONDENA, PATRICK HARKNESS, EL «GANGSTER-COMPOSITOR». La fotografía era de Patrick. El joven la había visto al desplegar el periódico aquella mañana en el tren. Algunas personas le reconocieron por culpa de esta fotografía, haciendo muy incómodo su viaje. Patrick se sentía cansado e irritado y sólo deseaba verse solo en su propia casa. Dijo:

—¿Y bien, señor Lawrence?

El hombre hizo un movimiento brusco al arrojar el periódico sobra el diván que estaba detrás de Patrick.

—Vamos al grano, amigo Harkness — dijo, y miré en tomo como para asegurarse que las cortinas estaban echadas y nadie más les escuchaba, a excepción de los tipos engarbardinados que permanecían silenciosos coa las manos en los bolsillos —. Yo estaba con su hermano Sterling el día del

asalto a las oficinas de la Compañía «Moss & Clark», y soy el único superviviente de la banda. ¿Dónde está el dinero?

La pregunta de Lawrence pilló completamente desprevenido a Harkness. el cual levantó vivamente su rubia cabeza y clavó en el rostro de Lawrence la sorprendida mirada de sus grises pupilas. Era un hombre alto y delgado, con aire ausente de intelectual y anchos hombros de atleta.

—El dinero — repitió—. ¿También usted quiere saber dónde está el dinero? Es extraño. Yo creí...

—Oiga, Harkness — dijo Lawrence, y su índice se clavó en el esternón de Patrick como un taladro—. A mí no me venga con camelos. Sé que el dinero lo tiene usted. Y al menos la mitad es mía. Arriesgué el pellejo en aquel asalto a la Compañía Moss y he pasado cinco años en el penal de Nueva Jersey por estar al lado de Sterling cuando lo cogieron. Sterling y los demás murieron, pero yo estoy aquí y quiero por lo menos la mitad de los doscientos cincuenta mil que nos llevamos. ¿Va a ser buen chico, o tendré que convencerle por otros medios?

—No tengo ese dinero, señor Lawrence. Jamás supe dónde fue a parar —dijo Patrick.

Un brutal revés de la mano de Lawrence, cogiéndole en plena cara por sorpresa, le derribó en el diván con violencia.

—¡Se lo advierto, Harkness! — rugió Lawrence, volviendo a apuntarle con su dedo—. Se lo advierto. No estoy dispuesto a perder el tiempo. Sé que el dinero lo tiene usted. ¿Dónde lo escondió?

Patrick se pasó el dorso de la mano por los labios recogiendo unas gotas de sangre. Sus grises pupilas centellearon.

—Escuche usted, Lawrence — dijo lentamente—. Se ha equivocado de puerta. No sé dónde está ese maldito dinero, pero si lo supiera tampoco se lo diría.

—No tardará en cambiar de opinión — aseguró Lawrence. disponiéndose a golpear de nuevo al joven con el revés de la mano.

Las piernas de Harkness se levantaron, aplicando al estómago de Lawrence un doble puntapié que derribó a éste, haciéndolo caer sobre la consola próxima a la puerta. El mueble se hizo pedazos, y el hombre profirió un sordo rugido que movió a la acción a los dos tipos de las gabardinas.

Con agilidad felina, Harkness saltó sobre el respaldo del diván, interponiendo este mueble entre él y los dos sujetos que le acosaban esgrimiendo sendas cortas porras de goma sacadas de sus bolsillos. El ímpetu de su ataque les llevó contra el diván, el cual volcaron cayendo a su vez rodando por el suelo. Antes de que volvieran a ponerse en pie, una lámpara cuya base estaba formada por un pesado jarrón funcional de vidrio, voló por el aire y fue a estrellarse contra el cráneo de uno de ellos. Al otro,

que iba andando a gatas, Harkness le alcanzó con un puntapié en les riñones que le lanzó aullando de dolor por la alfombra.

Clyde Lawrence, bramando maldiciones, se incorporó entre los restos de la destrozada consola y contempló un instante a Patrick con mirada malévola. Dijo, «Vas a ver», y se inclinó recogiendo una de las patas del mueble.

Patrick brincó sobre el diván derribado, y desde allí cayó encima de Lawrence como un proyectil en catapulta. Clyde salió despedido contra la puerta, que crujió próxima a saltar de sus goznes; luego rebotó y cayó de costado en el suelo. Saltó de allí mascullando un juramento, pero sus brazos de gorila apresaron el aire y en cambio recibió entre el cuello y la nuca un golpe del canto de la mano de Patrick que le hizo rodar aullando como un poseso.

Moviéndose por el salón con rapidez vertiginosa, Patrick asestó un puñetazo en la nariz a uno de los hombres que estaban incorporándose y agarró al otro por el cuello, tirándole como un pelele contra una pared. En menos de un minuto, Los tres *gangsters* estaban en el suelo entre un montón de muebles derribados, y Patrick iba hacia el teléfono que estaba descansando en la alfombra y tomaba el auricular.

Entonces, una voz dijo desde la puerta que acababa de abrirse silenciosamente:

—¿Podemos servirle en algo, señor Harkness?

Dos hombres enfundados en gabardinas cortas, las manos en los bolsillos, estaban mirándole gravemente desde la puerta. Aunque habían pasado seis años, Patrick pudo reconocer sin esfuerzo en el que había hablado al teniente Mumford, de la policía.

—Buenas tardes, teniente Mumford—dijo Patrick, con una reminiscencia amable de la educación que no había logrado doblar el brusco argot de Sing-Sing—, al efecto, iba a llamar a la policía, pero parece que ustedes se han anticipado a mis deseos.

Mumford entró, y sin sacar las manos de los bolsillos dio una vuelta por el salón apartando con el pie sillas y mesitas derribadas que se interponían en su camino. Se detuvo ante Lawrence, que se incorporaba; cogiéndose el cuello, mugiendo todavía de dolor.

—Hola, teniente — gruñó Clyde. Y se dejó caer en un sillón. Los otros dos hombres iban dando señales de vida.

Mumford se volvió a mirar a Patrick, sacó una pipa del bolsillo y la puso entre sus dientes.

—¿Lo hizo usted solo, Harkness? — preguntó—. ¿Con sus puños?

—Ayudándome con los pies — repuso el joven irónicamente.

—No le conocía en esta faceta de luchador.

—Algo aprendí en Sing-Sing.

Mumford clavó sus azules pupilas en Lawrence. Era un hombre que había doblado ya la esquina de los cuarenta, de mediana estatura y regular corpulencia, de movimientos bruscos y barbilla agresiva.

—Hola, Clyde— dijo como si viera entonces al *gángster* por primera vez—. ¿Cómo va?

—Oiga, teniente...—empezó diciendo Clyde.

El oficial se volvió de nuevo hacia Patrick.

—¿Alguna denuncia que hacer, señor Harkness?

—Sólo quiero que se lleven a estos tipos de aquí — repuso Patrick.

—¿Detenidos?

—No me importa lo que haga con ellos. Quiero que me dejen tranquilo, ¿comprende? Que me dejen tranquilo de una vez. Todos. Ustedes también.

—Perdone si le hemos molestado, Harkness. No era esa nuestra intención—dijo Mumford, sosteniendo su apagada pipa entre los dientes—. Sabiendo que Lawrence se encontraba en Nueva York y que usted salía hoy en libertad, teníamos motivos para creer que el amigo Clyde vendría a importunarle. Clyde ha pasado cinco años en la prisión federal de Nueva Jersey. Sin embargo, no ha sido todavía juzgado aquí, en el Estado de Nueva York, por su participación en el atraco a la caja de la Compañía Moss. No tenemos pruebas contra él. ¿comprende? Pero tal vez algún día consigamos esas pruebas. Quizá el propio Clyde nos las proporcione, y entonces...

—¡Oiga, Mumford! — rugió Lawrence sin quitarse la mano del cuello dolorido—. No pueden juzgarme por un delito que no he cometido. Yo no participé en ese atraco. Me encontraba con Sterling cuando le cogieron; bien. Pero no tomé parte en el asalto. Nadie me vio; Ninguno de los testigos ha podido reconocerme.

—Porque estabas esperando fuera con el coche, mientras los demás entraban en la oficina, Clyde — repuso Mumford—. Por eso nadie pudo reconocerte.

—Bueno—dijo Lawrence—. Eso es pura conjetura.

—Sí, Clyde.

—No pueden detenerme y juzgarme sólo por eso.

—No. Pero dime, Clyde; ¿qué has venido a hacer aquí hoy? ¿Tal vez a reclamar alguna pequeña deuda a nuestro amigo Harkness?

Los ojos de Lawrence se volvieron hacia Harkness entre temerosos y suplicantes. Realmente, Clyde se hubiera visto metido en un bonito lío si Harkness le hubiese acusado en este momento. La acusación de Patrick no habría bastado quizá para condenarle, pero posiblemente hubiese dado pie a la policía para detenerle y someterle al «primer grado».

—No—dijo Clyde—. No.

—A lo mejor han estado conversando amigablemente todo este rato, y

mientras tanto iban rompiendo muebles por diversión — apuntó Mumford.

—Tenía una pequeña cuenta que arreglar con Harkness— dijo Lawrence—. Pero nada que tuviera que ver con el atraco a la fábrica Moss.

El policía se volvió a mirar a Patrick. Este dijo:

—No tengo nada que agregar a lo que ha dicho el señor Lawrence.

Mumford guardó silencio durante un minuto. Luego escondió la pipa en el bolsillo y dijo:

—Está bien, Vámonos. Clyde. Os acompañaremos parte del camino.

Patrick cerró la puerta tras el último del grupo. Irritado, corrió el pestillo de seguridad. Luego cruzó el desordenado salón hasta el mueble bar que estaba en un rincón y no había sufrido deterioro, y se sirvió una buena ración de whisky. La tormenta había pasado llevándose consigo el viento y la lluvia, y la noche había quedado tranquila. Con el vaso en la mano, Patrick entró en la cocina y encendió la luz.

Encontró sobre la mesa una nota de la señora Stebbins indicándole haber dejado en la nevera algunas provisiones. En efecto, halló un variado surtido de alimentos en el refrigerador, entre ellos un pollo asado y algunas conservas que desdeñó. Puso unos cuantos emparedados en un plato, arrancó la cápsula de una botella de leche y salió de la cocina apagando la luz.

Antes de apagar también las luces del salón, encendió las de la escalera. Luego subió hasta su estudio.

El gran piano de cola de brillante color rojo ocupaba el centro de la habitación como un monumento a la estridencia un poco chabacana de Sterling Harkness. Con todo era un buen piano, un magnífico piano que Patrick admiró con la expresión amorosa del que vuelve a casa después de larga ausencia para encontrarse con un ser querido. El estudio estaba amueblado con gusto casi rayano en el lujo, pero Patrick sólo reparó en el piano.

Dejó el plato y la botella sobre la tapa, y mientras sostenía con una mano el emparedado al que daba dentelladas, con la otra recorría al azar el blanco teclado. Abandonó finalmente los restos del «sandwich» en el plato, se sentó en la banqueta y empezó a improvisar. Mientras tocaba pensaba, y al hacerlo tenía los ojos fijos en una pequeña placa de oro clavada en la madera del instrumento, donde podía leerse; «De tu hermano Sterling, con sus mejores deseos de que alcances fama y fortuna».

Un seco chasquido metálico resonó en las entrañas del instrumento, seguido de un ruidoso arpegio. Una cuerda acababa de saltar. Patrick pensó: «Demasiado tiempo sin ser tocados». Y volvió el rostro hacia la ventana.

Esta tenía las cortinas descorridas, pero a través de los cristales. Patrick no podía ver nada, porque estos reflejaban su propia imagen y la del piano.

El se dijo: «Tendré que retirar el piano de aquí». Y de pronto brilló una luz en la ventana de la casa de enfrente y esta luz le permitió ver a una mujer que le estaba mirando a través de unos prismáticos.

Patrick supo en realidad que eran unos prismáticos cuando la mujer dejó caer un brazo, en tanto que con el otro corría rápidamente la cortina, volviendo el rostro hacia alguien que debía encontrarse tras ella, en la habitación. La luz se apagó detrás de las cortinas, y Patrick Harkness rechinó sus dientes furioso.

—¡Esas fisgonas otra vez! —exclamó en voz alta.

Se levantó, abandonó el estudio, y bajó la escalera. Cruzó el salón medio a oscuras, tropezando con algunos muebles rotos o derribados que apartó maldiciendo, a puntapiés. Ganó la puerta, salió al jardín y cruzó la carretera.

Había luz en las ventanas bajas de la casa, y de éstas llegaba un leve resplandor al jardín. Patrick cruzó el césped por el sendero de cemento y llamó a la puerta. Una luz se encendió en la marquesina bañando a Patrick de pies a cabeza antes de que la puerta se abriera una pulgada y asomara el rostro charolado de una negra por la obertura que la cadena de seguridad impedía hacer mayor.

—¡Jesú, señó!—exclamó la negra, pegando un respingo de sobresalto —. Uté é el señorito Patrick... ¿Qué quiere uté, señó?

—Abre la puerta, Ruth —gruñó Patrick—. ¿Habitan todavía aquí aquel par de señoritas fisgonas... miss Rita y miss Victoria Talmage?

La negra no contestó. Se retiró de la ranura, y Patrick la oyó hablar con alguien dentro. La negra dijo:

—¿Po que no llamamo a la polisía, señorita Vic?

Una voz fuerte y bien timbrada dijo mientras se acercaba:

—...no va a comemos crudas. Ábrele al señor Harkness, Ruth.

Ruth volvió a asomar su cara de charol y dijo:

—¿Po que no vuelve uté de día, señó?

—Bueno — gruñó Patrick.

Pero la puerta se abrió antes que se hubiera alejado dos pasos y la misma voz de sutes dijo:

—¿Quería usted verme, señor Harkness?

Patrick se volvió. Una chica alta, de cabellos cobrizos, vestida con un suéter de lana blanca y unos pantalones ceñidos de ir por casa, le invitaba a entrar con un ademán. El ex presidiario dudó, más recordando el impertinente espionaje de que había sido objeto, volvió huraño sobre sus pasos y cruzó por delante de la joven entrando en la casa. La chica cerró, y avanzando leí indicó un sillón con un breve ademán.

Ella, no sólo era alta, sino espigada también, proporcionada y con buenas formas. Patrick advirtió todo esto de una rápida ojeada y dijo

enfurruñadamente:

—¿Es usted Victoria Talmage?

—Si,

—No la hubiese reconocido — dijo Patrick, pensando en la muchachita larguirucha y pecosa que había conocido años atrás. Pero esto casi implicaba una cordialidad que él estaba muy lejos de sentir—. ¿Era su hermana la que estaba arriba espiándome por la ventana con unos prismáticos, verdad? Veo que todavía conserva la fea costumbre de fisgonear en la vida de los demás.

Una ola de rubor subió a las mejillas de la señorita Vic, y esto hizo que aparecieran algunas de las antiguas pecas que, casi desvanecidas, disimulaba muy bien el maquillaje.

—No era mi hermana—dijo, y el azul de sus pupilas se ensombreció—. Era yo, señor Harkness. Y... le pido que me disculpe.

Involuntariamente, y sin causa justificada al parecer, Patrick enrojeció a su *vez* ligeramente.

—¡Ah! — dijo—. ¿Así... que era usted? ¿De verdad? ¿No lo hace por disculpar a su hermana, señorita Talmage?

—Mi hermana no vive ahora aquí. Le mego que acepte mis disculpas, señor Harkness. Fue... fue una impertinencia incalificable, lo confieso. No volverá a suceder.

—Eso espero — repuso Patrick secamente. El lindo rostro de miss Talmage era pura grana—. Buenas noches.

Mientras cruzaba el jardín y luego la solitaria carretera, Patrick pensaba seriamente en la conveniencia de abandonar la molesta vecindad de las señoritas Talmage. Creía que al volver a su antigua casa no encontraría allí a las vecinas que tanto daño le causaron en el pasado, y ahora se sorprendía de que no hubiese sido así. Bien era verdad que bajo el punto de vista de aquellas señoritas, ellas no cometían delito alguno al atisbar desde su ventana lo que ocurría en la casa del vecino, aunque para hacer tal empleasen unos prismáticos marinos de gran potencia. Durante el juicio esta curiosidad femenina fue cortésmente disculpada por el fiscal, haciendo hincapié en la circunstancia de que el vecino objeto de este espionaje era un personaje joven, soltero y del sexo opuesto...

Las señoritas Talmage eran en suma unas muchachas respetables. Por lo tanto tal vez le correspondiera a Harkness, en su condición de procesado y ex presidiario, abandonar la vecindad de personas tan decentes..., aunque indiscretas.

«Eso es lo que haré», se dijo Patrick al entrar en la casa. Entonces se dio cuenta que estaba sonando el teléfono. Cruzó el salón hasta la mesita y tomó el aparato.

—¿Aló? — era una voz fatigada, extrañamente ronca—. ¿El señor

Harkness?

—Diga. Yo soy. ¿Quién llama?

Aquí Rita Mac Gibony. Pero tal vez me sitúe mejor por el nombre de Rita Talmage. ¿Me recuerda?

Patrick guardó silencio mientras trataba de comprender para qué podía necesitarle aquella impertinente. Luego contestó pausadamente:

—Mi querida amiga, puede apostar que pasarán mil años y no se borrarán de mi memoria su nombre ni su cara. No es cumplido.

—Ya lo sé, Harkness**...** ya lo sé. — La voz de la mujer sonaba con aguda nota de cansancio al otro extremo de la línea—. Le hice mucho daño y a fe que estoy arrepentida. ¿Puede venir a verme?

La sorpresa dejó momentáneamente sin habla a Harkness.

—¿Me pide que vaya a verla... a usted? — preguntó incrédulo—. ¿Quiere que yo?...

—Sí, venga. Estaré sola. Vivo en un apartamento de South Street, número doscientos diecisiete, casi debajo del puente de Manhattan mirando hacia el de Brooklyn. Hay algo que quiero que sepa usted... algo que le exonera de toda culpa y puede hacer brillar su inocencia y devolverle su buen nombre. ¿Vendrá?

Patrick no atinó a decir nada. Si era una broma de Rita Talmage tenía maldita la gracia. Sin embargo...

—Le estaré esperando — susurró en su oído la voz de la mujer a través del auricular.

—¡Pero oiga! —protestó Harkness. Y un chasquido en el extremo de la línea le indicó que habían colgado.

Patrick dejó el teléfono en la horquilla y quedó meditando. Miró la hora de su reloj de pulsera. Fue al armario empotrado en la pared y tomó la gabardina y un sombrero impermeable. Salió y cruzó bajo la fina llovizna por el césped hasta el garaje anexo a la casa. Su viejo «Studebaker», que ya era viejo y de modelo antiguo cuando lo adquirió de segunda mano, estaba en el garaje y ofrecía aspecto de haber sido lavado recientemente. Sin embargo, sujeto al cristal parabrisas, encontró una nota de la señora Stebbins:

«El mecánico que vino a repasar el automóvil se llevó la batería, para recargarla. Dijo que estaría hoy, pero ya sabe usted cuán poca seriedad tienen estos mecánicos. Telefoneé y se excusó diciendo que la traerá mañana.»

Patrick sacudió la cabeza volviendo a dejar la nota donde la encontró. Subióse el cuello de la gabardina, apagó las luces y salió cerrando la puerta.

Por una senda se dirigió a campo traviesa hacia la más próxima estación del suburbano, que estaba al final de la St. Nichols Avenue.

CAPITULO II

El número 217 de South Street correspondía a una casa de diez pisos, ocupados en su mayor parte por oficinas de Compañías Consignatarias y de navegación. Magníficamente situada entre los puentes de Manhattan y Brooklyn, miraba directamente a los muelles y disfrutaba de una bella perspectiva, con el macizo de grandes rascacielos de la parte sur de la isla como telón de fondo.

La modesta placa que Harkness encontró en el portal, entre muchas otras con nombres comerciales, rezaba así: «Míster y mistress Mac Gibony, piso 8.º, puerta C».

El ascensor se encontraba arriba, y mientras esperaba a que bajase Patrick sacudió el agua de su sombrero gris de lona, pues había tenido que venir anclando bajo la lluvia, y ya antes de que se abrieran las puertas pudo escuchar Patrick las voces de la pareja que venía discutiendo.

Eran un hombre y una mujer. Alta, delgada y vistiendo un abrigo de pieles la mujer. El hombre se envolvía en un crujiente impermeable de celofán sobre el que brillaban algunas gotas de lluvia.

—Está bien, Jean — dijo exasperado el hombre—. Ya basta — y salió del ascensor cruzando por delante de Harkness sin mirarle.

La mujer salió a continuación y miró a Patrick, que permanecía con la cabeza describiera, como poniéndole por testigo de la falta de urbanidad del que debía ser su marido. Luego siguió al hombre ajustándose los guantes mientras farfullaba:

—Los amigotes antes que la propia mujer. Es inconcebible— se perdió en dirección a la calle, agregando: —Llegaremos tarde, como de costumbre.

Patrick sonrió, entrando en el ascensor. El descansillo sobre el cual daban las cuatro puertas del piso octavo tenía las paredes chapadas de mármol oscuro veteado y se iluminaba por una serie de apliques de metal en forma de candelabro. Un rayo de luz salía por debajo de la puerta del apartamento «C».

Patrick apretó el botón eléctrico, escuchando dentro el sonido de un zumbador. Mientras esperaba iba pensando, y cuanto más reflexionaba más descabellada le parecía esta visita a la mujer por cuya causa fue encarcelado. ¿Qué querría decirle Rita Talmage?

Nada seguramente que le sirviera para demostrar su inocencia. A estas alturas, la actual mistress Mae Gibony no podía ser tan estúpida que creyera poder prestar un favor a quien por su denuncia fue a presidia, Cualquier indicio que la mujer presentara no sería probablemente otra cosa

que un pequeño subterfugio para hacer saber a su víctima cuánto sentía lo ocurrido y ofrecerle una amistad que acaso estuviera inspirada en el miedo.

Bien: Patrick no guardaba realmente ningún resentimiento contra aquella mujer. Se lo diría así. y asunto concluido.

Pulsó de nuevo el botón eléctrico. Y acaso porque él, con sus movimientos hubiese desplazado una corriente de aire, la puerta, que solamente estaba entornada se abrió una pulgada dejando ver un resquicio de luz. Patrick se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido. Luego avanzó la punta del píe, empujó suavemente y abrió.

En el salón que se mostró a él las luces estaban encendidas y algunos muebles yacían derribados. Sobre un diván había recostada una gran lámpara tíe pantalla propia para lectura, y un velador derrumbado había esparcido su contenido de vasos y botellas en la alfombra. Luego, mirando con más detalle, Patrick vio una mano y parte de un brazo desnudo que asomaba por un lado del diván.

—¿Señora Mac Gibony? — llamó Patrick desde la puerta.

El silencio que obtuvo como respuesta llevaba prendido un inconfundible aire de tragedia. La mano abierta y el brazo desnudo estaban ante él, y Patrick pensó en seguida, en un accidente. Entró llamando en voz alta:

—¡Señora Mac Gibony!

Al dar la vuelta al diván, se detuvo. Allí estaba la que había sido su vecina, Bita Talmage, medio tendida, los ojos abiertos y el pecho espantosamente lleno de sangre. El entreabierto batín dejaba ver la combinación de nylon rosa. La gran lámpara de pie estaba caída encima de la mujer, iluminando con crudeza su rostro crispado y el gran corte que cruzaba su cuello.

La sangre que había salido en gran cantidad de la yugular seccionada, formaba un charco en el piso y empapaba la alfombra arrugada.

—¡Gran Dios! —exclamó Harkness.

No se acercó a la joven ni intentó hacer nada por ella. Adivinó en seguida que estaba muerta. El arma que le mató parecía ser el casco roto de una botella de whisky que estaba en el suelo.

Mirando a su alrededor, apreciando las inequívocas señales de lucha, los ojos de Harkness fueron a caer sobre el teléfono que estaba sobre un mueble no lejos del diván. ¿Debería dar cuenta a la policía?

La mirada de Patrick pasó del teléfono a la muerta, de ésta al charco de sangre, y algo parecido a un campanillazo de alerta sonó en su aturdido subconsciente, presentándole las cosas bajo un punto de vista completamente nuevo.

Allí se había cometido un crimen, y era al parecer él quien primero lo había descubierto. Suponiendo que llamara a la policía, ¿qué ocurriría?

¿Serían capaces de pensar en él como presunto culpable?

Esto parecía absurdo a primera vista. Y sin embargo, él ya había sido condenado una vez por un delito que no cometió. Después de todo, la muerta era la mujer que con su denuncia le hizo condenar. Y aunque no fuera esto lo que él pensara, alguien podía creer que su primer acto apenas salir de presidio, había sido vengarse sangrientamente de la mujer que le acusó.

Rápida, nerviosamente, Harkness se hizo estas reflexiones. Y, de pronto, la llamada telefónica de Rita Talmage, su presencia en este apartamento donde acababa de cometerse un crimen, se le aparecía como una diabólica, malvada conspiración para cargarle la culpabilidad de un crimen que no había cometido.

Apenas este pensamiento hubo cruzado como un rayo por su mente, Patrick retrocedió experimentando una sensación física de miedo. Miró rápidamente hacia el descansillo, que se veía a través de la puerta abierta.

Alguien podía pasar por allí en cualquier momento y sorprenderle. Bueno, no había tiempo que perder.

Giró sobre sus talones y salió cerrando la puerta. Cruzó el rellano hacía la escalera, y se detuvo con un pie en. el aire. Algo que había aprendido en Sing-Sing, escuchando las conversaciones de sus compañeros de celda, acudió a su memoria. No era en verdad un asesino, pero las apariencias le acusaban y tenía que conducirse con tantas precauciones como si realmente lo fuera.

Volvió atrás sobre sus pasos, y sacando el pañuelo del bolsillo frotó con él el tirador de la puerta, el botón del llamador y el pestillo del ascensor. Luego, mirando recelosamente en torno suyo, se lanzó escaleras abaje. No encontró a nadie en el patio. La lluvia, el viento y la humedad que venían del East River le envolvieron en su manto helado al salir a la calle. Dobló la primera esquina y se alejó.

Mientras iba andando rápidamente, la cabeza hundida entre los hombros, repasaba mentalmente cada uno de los actos que había realizado desde que entró en la casa número 217. De pronto recordó la pareja que se cruzó con él al salir del ascensor, y se detuvo en seco sintiendo que el terror le helaba de pies a cabeza. ¡Todas sus precauciones habían resultado inútiles! Aquella pareja le reconocería apenas fuera llamada por la Policía para identificarle. ¿Pero era precise que la Policía le señalase como uno de los presuntos sospechosos?

Largo, del extremo de la calle, llegó el taladrante aullido de una sirena.

Patrick pegó un respingo. Era una ambulancia que se detuvo en la encrucijada próxima. Bajo la lluvia y el viento, un grupo de personas arrebujadas en gabanes y gabardinas rodeaban un par de automóviles que taponaban la circulación en el centro de la calle. No era más que un

accidente automovilístico.

Harkness cruzó la calle eludiendo la aglomeración de gente y volvió a animar el paso.

Sus temores podían al fin resultar infundados, más por lo que pudiera pasar debía encontrarse en su casa lo más rápidamente posible. Pensó en tomar un taxi, pero desistió de ello al volver a pensar en las posibles consecuencias de esta desgraciada salida nocturna. Si alquilaba un taxi, el conductor le reconocería más tarde. Era más seguro volver como había venido, o sea utilizando el suburbano, siempre lleno de público, donde fácilmente podría pasar inadvertido.

Seguía lloviznando y arreciando el viento cuando se apeó del tren en la estación de Dyckman Street, y eludiendo esta vez el encenagado sendero por donde había venido, tomó por la carretera asfaltada hasta su casa.

Había todavía luz en las ventanas de la planta baja de la casa de su vecina, a través de la cortina echada. ¿Pensaría en él como presunto autor de la muerte de su hermana la señorita Victoria Talmage?

Con este desagradable pensamiento, Harkness entró en su propia casa, colgó la gabardina y el sombrero dentro del armario y subió rápidamente a su habitación, metiéndose en cama. Pero, como era de esperar, no pudo conciliar el sueño. Atento al ruido del viento que removía los árboles, se sobresaltaba cada vez que escuchaba el rumor de algún motor de automóvil pasando por la cercana carretera.

Este, se dijo Harkness, debía ser el estado de continua alarma en que vivirían los fuera de la ley. Pero luego rectificó sus solitarios pensamientos. Los delincuentes, entre ellos los asesinos, debían tener una capacidad especial para adormecer los sobresaltos de su conciencia, o acaso careciesen de conciencia si esto era humanamente posible. De otra forma, ¿cómo podrían vivir sin enfermar en este estado de continua ansiedad, semejante a la que él estaba experimentando?

Fumando cigarrillo tras cigarrillo en la oscuridad de su cuarto, Patrick Harkness veía cambiar de posición las saetas luminosas de su reloj despertador, y cada vez se sentía más lejos del reparador sueño. Y ya casi se había acostumbrado a escuchar tranquilizado el paso continuo de los automóviles por la cercana carretera, cuando el zumbido de un motor que se acercaba le hizo incorporarse sobresaltado.

No se engañaba esta vez. El automóvil, casi completamente silencioso, acababa de entrar en la carreterilla y se detuvo ante la casa. Se escuchó el golpetazo suave de una portezuela. Patrick saltó de la cama buscando a tientas su batín, y en este momento sonó abajo el timbre de la puerta.

Aunque estaba esperando escuchar este sonido, el largo repicar del timbre le hizo pegar un brinco. Maldiciendo, encendió la luz, se calzó las zapatillas y anudó el cinturón de su batín.

Entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos. ¿Por qué, si al fin y al cabo no había cometido ningún delito?

Pero esta reflexión no bastaba por entonces para tranquilizarle. Tranquilo y confiado en la justicia de los hombres, él había comparecido ya una vez ante un Jurado con la verdad en los labios. Y la verdad, su verdad, no impidió que le condenaran a seis años de reclusión en un penal, por un delito que nunca había cometido. Por lo tanto, si ahora había de salvarse, tenía que ser apelando a la mentira y la falsedad. Y para mentir con aplomo tenía que sentirse dueño de sus nervios.

Se tranquilizó, pues, haciendo un poderoso esfuerzo, bajó las escaleras y cruzó el oscuro salón hasta la puerta. El timbre seguía llamando con insistencia. Abrió.

—Buenas noches, Harkness — era el teniente inspector Mumford, seguido de dos detectives, quien cruzó por delante de Patrick y entró en la casa—. Siento tener que venir a molestarle de nuevo.

Instintivamente, Harkness se envolvió en la capa de fría ironía que había aprendido a adoptar durante sus años de presidiario.

—Usted no molesta nunca, teniente. ¿Quiere pasar?

Mumford estaba ya dentro y se volvió a mirarle.

—¿Estaba acostado?

—No. Ahora he aprendido a dormir de pie.

Mumford hizo una seña a sus hombres para que cerraran la puerta. Uno de los detectives obedeció, apoyando sus espaldas contra la puerta. Mumford sacó la pipa del bolsillo de su gabardina y una petaca con la que empezó a cargarla.

—¿Salió usted esta noche después de marchar nosotros, Harkness?

—¿A usted qué le importa?

—Tiene automóvil, ¿verdad?

—Sí.

Mumford acabó de atascar con el pulgar el tabaco en la cazoleta de la pipa.

—Póngase una ropa de abrigo, Harkness. Queremos que nos acompañe al garaje.

—Puede evitarse el viaje, teniente — dijo Patrick con bien simulado hastío—. No puedo prestarle mi coche. Está estropeado.

—¿Quiere decir que no lo ha sacado del garaje?

—Sí. Eso mismo.

Mumford hizo una seña con. la cabeza al detective que se apoyaba en la puerta. El hombre salió cerrando tras sí, y Mumford guardó silencio mientras encendía su pipa y se aseguraba de que tiraba bien.

—Bueno, Harkness — dijo finalmente—. Conteste a la pregunta. ¿Salió esta noche, sí o no?

—Crucé la carretera para hacer una visita a la señorita Talmage. si es eso lo que quiere saber.

—¿A Rita Talmage? — preguntó Mumford como al descuido.

Pero sus escrutadores ojos estaban sobre Harkness, como espiando la reacción del rostro de éste.

Harkness comprendió inmediatamente que si Mumford estaba aquí era para investigar sus pasos y demostrar que había estado en el piso octavo de la casa ele South Street. Así, pues, la muerte de Rita Talmage era un hecho ya conocido por la policía. Patrick se puso en guardia.

—La señorita Talmage — repitió con sequedad, y añadió: — ¿Hay más de una?

—Ahora solamente una, ya que la otra es casada. ¿Por qué fue a ver a miss Victoria Talmage?

—Porque la sorprendí espiándome desde la ventana en unos prismáticos. Me pareció que era una impertinencia y fui a decírselo.

—Harkness — dijo Mumford lentamente, sin apartar sus ojos de la cara del joven—. La señora Mac Gibony, antes Rita Talmage, fue encontrada esta noche a las nueve y media asesinada en su casa.

La faz de Patrick Harkness era pétrea.

—¿Sí?

—Harkness — dijo el policía sin disimular su irritación—, usted no tenía motivos para querer a Rita Talmage.

—¿Porque con su denuncia me envió a presidio per seis, años?

—Es una maldita coincidencia que el mismo día que usted sale de presidio se encuentre a la señora Mac Gibony degollada.

—A lo mejor no pudo con sus remordimientos y se mató —dijo Patrick burlonamente.

—La señora Mac Gibony no se suicidó. Fue asesinada con un casco de botella roto.

—Bueno, ¿quieren cargarme a mí con ese crimen también? ¿Es eso lo que buscan? — preguntó Patrick haciendo un brusco ademán. Y la más sincera cólera relumbró en sus pupilas grises.

—Sin que esto equivalga a una acusación abierta, tenemos que comprobar todos sus movimientos de esta noche, Harkness. ¿Salió de casa?

—Ya se lo he dicho.

—¿No salió, excepto para llamar a la puerta de su vecina y decirle en la cara que era una impertinente? ¿Qué hizo además de eso?

—Comí algo, toqué un poco el piano, rompí una cuerda del instrumento y me acosté. Tardé mucho en dormirme, hasta que llegaron ustedes y me despertar ron. Extrañaba el colchón, ¿comprende?

La puerta se abrió y el detective que había salida antes, entró y dijo:

—El coche no fue movido del garaje, teniente. Le falta la batería, tiene

el motor frío y los neumáticos secos.

—Sí — dijo Mumford asintiendo con la cabeza—. No dejó de llover poco o mucho durante toda la noche. ¿Dónde guarda su abrigo o su gabardina, Harkness?

Patrick comprendió en este instante su error. Nunca debió ceñirse tan estrechamente a su propósito de contestar con la mentira, ya que realmente no podía demostrar que no hubiese salido de su casa aquella noche. Involuntariamente miró al armario empotrado. El teniente soltó un gruñido y se dirigió al armario. Las primeras prendas que encontró a mano fueron la calada gabardina y el sombrero mojado.

—¿Acostumbra a ducharse con gabardina y sombrero puestos, señor Harkness? — preguntó con ironía, mostrando ambas prendas en sus manos.

—Llovía cuando salí para visitar a la señorita Talmage — dijo Patrick maldiciendo para sí,

—Debía llover a cántaros en el breve momento que usted cruzó el camino hasta la casa de su vecina.

—¡Oiga, Mumford! — rugió Patrick furioso—. ¿Quiere no empezar a enredar las cosas? Llovía cuando salí. Tuve algunas palabras con miss Talmage y me puse de malhumor. Pensé en salir a cenar en cualquier parte, ya que esta era mi primera noche en Nueva York después de seis años de prisión. Me puse la gabardina y ese sombrero para salir, pero encontré que el coche no tenia batería y me fui renegando a pie hacia la carretera para ver si encontraba un taxi libre Mientras esperaba allí, en la carretera, empezó a llover con más fuerza. Me dije que después de todo tendría muchas noches para salir con mejor tiempo. Volví a casa, comí un poco y me acosté.

—¿Nada más?

—Nada más — espetó Patrick, furioso.

—Bueno, Harkness — dijo Mumford —. Vaya arriba y póngase alguna ropa. Nos acompañará al Precinto de Policía.

—¿Puedo telefonear a mi abogado? — preguntó Patrick.

Mumford hizo un cansado ademán de asentimiento, señalando el aparato telefónico.

CAPITULO III

La brillante luz de los focos dirigidos contra él no sólo le deslumbraba al herirle en los ojos sino que le hacía sentir una agobiante sensación de calor. La habitación estaba llena de humo de los cigarrillos, pero a él no le hablan permitido fumar ni despojarse de la chaqueta. Los detectives permanecían invisibles en la sombra, aunque Patrick sabía dónde se encontraba cada uno por la dirección en que llegaban sus rápidas preguntas.

—¿Dejaste el suburbano en la estación de Dickman Street, no es cierto?

—Mira el barro que tienes en los zapatos, Harkness. No fuiste solamente por la carretera asfaltada. Volviste por el sendero para llegar más pronto a tu casa.

—Pero fuiste en taxi. ¿Era uno amarillo, Harkness?

—Es tontería obstinarte en no hablar, muchacho. Si tomaste un taxi encontraremos al conductor que te llevó. Ya lo estamos buscando.

Patrick repuso tercamente:

—No hablaré sin estar presente mi abogado. No pueden tenerme aquí. Esta detención es ilegal.

Mumford avanzó desde las sombras del cuarto y dijo:

—Escuche esto, Harkness. El asunto es más grave de lo que cree. ¿Sabe quién es el marido de la señora Mac Gibony?

—No. Y no me importa.

—Es Lowell Mac Gibony, teniente de la policía. Tratándose de la esposa asesinada de uno de nuestros compañeros, comprenderá pus estemos dispuestos a llegar hasta el fin aunque sea saltándonos algunas prohibiciones legales de las que el delincuente tiene a su favor.

—No soy un delincuente.

—¡Vaya!... — exclamó otra voz sarcástica—. No es un delincuente. ¡Y todavía esta mañana estaba en Sing-Sing!

—¡Déjenme en paz! — estalló Patrick, furioso—. No sé nada del asesinato de la señora Mac Gibony. No la he visto desde que subió a prestar declaración en el estrado de los testigos, hace seis años.

—Buena memoria, Harkness — habló otro de los detectives—. Seis años. Y desde entonces no has olvidado.

—Se la tenías jurada a la que entonces era miss Rita Talmage.

—¡Basta!... — rugió Patrick—. ¡Márchense al inferno!

Un breve silencio siguió al rápido entrecruzarse de preguntas disparadas desde todos los ángulos. Un rayo de luz llegó desde **la** habitación contigua, al abrirse una puerta. Un hombre asomó y dijo:

—Mac Gibony acaba de llegar.

—Denle un poco de agua a Harkness y déjenle descansar un momento — dijo Mumford saliendo de la habitación.

En la oficina contigua, Mumford se encontró con Lowell Mac Gibony, que acababa de llegar de la calle acompañado del sargento de detectives Wilcox. La faz ancha, ruda y generalmente sombría de Lowell Mac Gibony, aparecía esta noche menos roja que de costumbre.

Mumford dijo:

—Lamento lo ocurrido, Lowell.

Mac Gibony, que era temperamentalmente brusco y poco amigo de sentimentalismos, contestó:

—Está bien, Peter, esté, bien. ¿Habéis traído a Harkness?

—Lo tenemos ahí dentro — señaló Mumford con el pulgar por encima del hombro. Y deteniendo con un gesto a Mac Gibony, que iba derecho en aquella dirección, preguntó: — Lowell, ¿por qué crees que ese muchacho haya podido ser el asesino de tu mujer?

—¿Ha podido presentar alguna coartada?

—No... Para desgracia suya, parece que estuvo andando por ahí bajo la lluvia esta noche. Sin embargo, Lowell...

—Vamos a dejar tus «sin embargos», Peter. Eres demasiado sentimental. Siempre lo has sido Quiero interrogar a ese tipo.

—En tu estado y siendo la víctima tu mujer. Lowell... — empezó Mumford.

Mac Gibony le apartó con ruda brusquedad, entrado en la habitación donde Harkness entornaba sus párpados sudorosos bajo el deslumbrante haz de los focos.

Patrick, apenas Mac Gibony entró en la habitación, presintió en él un enemigo. Aquel hombre alto, pelirrojo y corpulento que le contemplaba con iridiscentes luces de furia y odio en sus doradas pupilas, sobreponía su estado de ánimo a su condición de policía. Aunque no le conocía, siendo ésta la primera vez que estaba frente a él, Harkness adivinó que se trataba del marido de la mujer asesinada.

—Vamos a ver, Harkness — dijo Mac Gibony, plantándose con los pies separados ante él, echando atrás los faldones de su abrigo—. ¿Has estado alguna vea en South Street?

Patrick vio en la semipenumbra el rostro de Mumford, que asomaba por detrás de Mac Gibony.

—Seguramente — contestó.

—Déjate de ambigüedades y contesta simplemente «sí» o «no» a lo que se te pregunte, Harkness. De lo contrario te partiré los dientes de un puñetazo. ¿Estuviste en South Street?

—¿Cuándo?

—Hoy. Esta noche.

—No.

La mano de Mac Gibony salió bruscamente de atrás y cruzó de una bofetada la mejilla de Patrick. Este, cogido de sorpresa, casi fue sacado de la silla y tirado al suelo por la violencia de aquel golpe.

—¡Oiga, polizonte! — gritó furioso así que se rehízo del golpe, intentando ponerse en pie.

El puño izquierdo de Mac Gibony salió disparado, cogiéndole en plena boca y tirándole de costado contra la mesa.

La reacción de Patrick fue la propia del hombre que ha sido educado en el respeto a la dignidad del hombre en un país libre, donde constitucionalmente se han concedido al ciudadano derechos que nadie puede atropellar. Se enderezó rugiendo de rabia, dispuesto a arrojarse contra Mac Gibony. Pero dos detectives le sujetar ron por los hombros haciéndole volver con rudeza a la silla.

—¿Sabes lo que es un tercer grado, Harkness? — preguntó Mac Gibony mirándole con ojos donde brillaba innata e irreprimida brutalidad.

—Sé que es una cosa que ningún policía puede hacer a un hombre en este país — contestó Patrick sintiendo en los labios el sabor de la sangre.

—Estás equivocado, amigo — dijo Mac Gibony—. Eso es algo que aquí solemos aplicar a los granujas, y tú eres uno de ellos. ¿Sabes quién soy?



—¿Estuviste en South Street?

—Sí — dijo Patrick—, un cobarde. Un cobarde que usa y abusa de sus prerrogativas para atropellar los derechos de las personas honradas. Un cobarde que no sería capaz de entendérselas conmigo a solas en otro lugar y despojado de su chapa de policía, aunque aquí se siente muy valiente teniendo cancerberos para que me sujeten los brazos mientras usted me pega.

Patrick, en efecto, estaba inmovilizado por los detectives en este momento, y ellos le soltaron, retrocediendo, como si las palabras del detenido hubiesen afectado de alguna forma a su conciencia o su amor propio.

—Escucha, Harkness — dijo Mac Gibony con voz silbante—. Voy a decirte una cosa, y es que sé positivamente que fuiste a asesinar a mi mujer. Yo sé que estuviste en mi casa de South Street... y quiero que tú mismo lo confieses por tu propia boca para que lo escuchen todos los demás. Los medios de que haya de valerme para arrancarte esa confesión, son lo de menos. No podemos andamos con mimos con tipos que han estado en presidio, ¿comprendes?

—Sí, Mac Gibony — contestó Patrick—. Comprendo que necesitan ustedes un culpable para un crimen que no son capaces de desenredar por sí mismos, y que la víctima propiciatoria soy yo en este caso. Muy bien, teniente. Ya puede empezar a pegar. Tal vez por la tortura se apunte el éxito de hacerme confesar autor de un delito que no he cometido.

Lowell Mac Gibony contempló largamente al detenido con faz torva.

—Tienes mucho pico para no haber estudiado más que música, Harkness — dijo—. Conozco ese lenguaje. Todos los que han estado alguna vez en presidio lo conocen, pero aquí no nos dejamos impresionar por él. Ya estamos acostumbrados. Así que contesta a mis preguntas y no perdamos tiempo. ¿Dónde has estado esta noche entre las ocho y las diez?

—Ya se lo he dicho a sus compañeros.

—Quiero que me lo digas a mí.

—Ellos tomaron apuntes de cuanto dije. Lo puede leer.

—¡Quiero oírtelo decir a ti! — bramó Mac Gibony.

Patrick se encogió de hombros, sin contestar. El teniente Mumford dijo entonces:

—Lowell...

Pero Mac Gibony no le escuchó. Se abalanzó sobre Harkness, y antes de que éste pudiera levantarse le pegó un puñetazo en la boca, y otro en la sien que tiró al joven de costado en el suelo.

Patrick sabía lo que le esperaba. Había oído hablar de aquel interrogatorio en «tercer grado», y también le era conocida de oídas la brutalidad sin paliativos del teniente de detectives Mac Gibony, famoso en Sing-Sing como secular era el aborrecimiento por todos los llenados compartido contra aquel hombre.

Sabiendo lo que le esperaba, pues, Patrick no se dio prisa en incorporarse. Todavía en el suelo, le alcanzó en los riñones el brutal puntapié del teniente Mac Gibony, el cual rugió:

—¡Levántate, rata de presidio!

Patrick, respirando entrecortadamente a causa del dolor, no se movió.

Dos detectives le cogieron por los brazos y le pusieron en pie.

—¿Vas a hablar? — inquirió Mac Gibony.

—Sí — contestó Patrick—. ¡Eres un cerdo!

El teniente Mumford apartó los ojos para no ver cómo los nudosos puños de Mac Gibony machacaban el rostro del detenido, cogido por los brazos e impotente para defenderse. Pero aun así, el chasquido de los golpes llegó indistintamente a oídos del teniente, el cual se sintió acometido de náuseas.

Cuando Mumford volvió a mirar, la cara de Harkness era una masa sanguinolenta donde los nudillos de Mac Gibony habían levantado desolladuras y señalado rojas marcas que iban tomándose amoratadas.

Mumford, entonces, giró sobre sus talones y tomó silenciosamente la puerta, saliendo a la oficina, Allí tomó asiento sobre una mesa y empezó a cargar nerviosamente su pipa mientras desde la habitación contigua llegaba apagado el rumor de los golpes y las caídas del detenido.

Un detective que estaba detrás de su escritorio, mirando fijamente hacia la cerrada puerta, comentó:

—Tiene madera ese Harkness, ¿no es cierto? Es la primera vez que no oigo chillar a un hombre bajo los puños de Mac Gibony.

Mumford contestó:

—Algún día Lowell matará a un hombre a pales, y eso le costará su carrera. — Guardó silencio, y tras dar una furiosa chupada a la pipa, añadió: — Tal vez suceda eso hoy mismo.

La puerta de la oficina se abrió en este momento, y el capitán Casey Steuben entró seguido de dos detectives y un hombre esposado que fue rudamente empujado contra una silla. Mumford, a la vista del capitán, sintió gran alivio.

—¿Ha venido Mac Gibony? — preguntó Steuben.

Mumford señaló la puerta del cuarto.

—Está ahí dentro con Harkness.

Un hombre alto, grueso, de unos cincuenta años, que vestía abrigo negro y traje de etiqueta debajo del abrigo, se precipitó en la oficina desde el pasillo y blandió furiosamente su bastón muleta metálico rugiendo:

—¡No pueden ustedes hacer esto con mi cliente! Entérese, capitán Steuben. Presentaré una petición de «Habeas Corpus» al fiscal del distrito, y les demandaré por daños y perjuicios si han sido tan tontos que han aplicado a Harkness el «tercer grado».

Steuben contestó, simplemente, dirigiéndose a los detectives:

—Acompañen al señor Haremeyer fuera.

El abogado juró y maldijo a gritos, pero cogido por los brazos fue sacado de la oficina sin contemplaciones. Mumford, apartando la pipa de sus dientes, preguntó fríamente:

—¿Ha dado usted permiso a Mac Gibony para matar a Harkness, capitán? — Steuben le miró con expresión confusa, y el teniente concluyó: — Bien, si es así no tengo nada que decir. Yo me lavo las manos en este asunto.

Steuben hizo una mueca de disgusto, se dirigió al cuarto y entreabrió la puerta sólo lo indispensable para meter la cabeza por la abertura y decir:

—Lowell, salga un momento.

Cerró la puerta y volvió al centro de la oficina.

Mumford dijo, señalando al asustado joven que permanecía quieto con las manos esposadas:

—¿Quién es este? No le he visto nunca por aquí.

El aludido, de unos veintisiete o treinta años de edad, hombre delgado y de regular estatura, de facciones pálidas y armoniosas, lo que una mujer llamara «un hombre guapo», miró en tomo con ojos asustados.

Steuben se acercó a Mumford y murmuró:

—fíe llama Jim Brower. La señora Mac Gibony iba a casarse con él después de divorciarse de nuestro amigo. Brower admitió haber estado en el apartamento de South Street esta noche a las ocho. Tiene una llave de él.

Mumford dejó escapar un bajo y prolongado silbido, el cual fue interrumpido por la brusca salida del teniente Mac Gibony.

Este, limpiándose con un pañuelo la sangre de sus nudillos despellejados, se detuvo a mirar sombríamente a Brower. Que Brower conocía a Mac Gibony y su fama de hombre duro y brutal, era indudable a juzgar por la mayor palidez que transfiguró su rostro. Brower avanzó con las manos esposadas hacia Mac Gibony y dijo compungidamente:

—¡Por el amor de Dios, señor Mac Gibony! Le aseguro que soy inocente. Rita se encontraba perfectamente cuando estuve a verla a las ocho. Había bebido demasiado quizá, y desde luego no se encontraba en condiciones de salir a la calle. ¡Pero estaba perfectamente viva, que es lo que quiero decir! ¡Dios mío, es horrible lo ocurrido! ¡Yo no la maté! ¿Por qué había de hacerlo? ¡Tienen que creerme!

—Claro, Brower — dijo Mac Gibony sarcásticamente.

El hombre dejó caer sus brazos en ademán indicador de su sentimiento de desesperada impotencia.

El capitán Steuben habló:

—¿Ha confesado Harkness?

—Se ha desmayado — dijo Mac Gibony—. Los muchachos tratan de hacerle retomar en sí.

—Oiga, Mac Gibony... — empezó Steuben con un carraspeo.

La puerta del cuarto se abrió, y dos detectives en chaleco aparecieron conduciendo a Harkness, vacilante sobre sus inseguras piernas. La cara del joven ex presidiario, llena de sangre, los ojos hinchados y amoratados, era

difícilmente reconocible. El capitán Steuben hizo una mueca de desagrado y dijo:

—Que no le vea Haremeyer en ese estado, o tendremos jaleo.

Medio inconsciente, Harkness fue sacado de la oficina pasando por delante del aterrado Brower.

—Bien, Lowell— dijo el capitán—. Los muchachos no pudieron encontrar huellas dactilares en el departamento. El asesino debió emplear guantes o frotar a conciencia el gollete de la botella, el tirador de la puerta y todo cuanto tocó. Su mujer debió morir entre las ocho y las ocho y media de la noche. Brower confesó por sí mismo haber estado en el piso a las ocho. Si la señora Mac Gibony estaba viva en aquel momento, Brower fue el último que habló con ella... a excepción del asesino.

—Harkness estuvo. en el piso con mi mujer — rezongó Mac Gibony por lo bajo. Y añadió: — Estoy casi completamente seguro. Si utilizó un taxi o viajó en el tren, alguien debió verle y le identificará más pronto o más tarde. ¿Qué hay de los vecinos de la finca?

—Nadie vio a persona extraña saliendo o entrando en el edificio. Sin embargo, no pudimos interrogarlos a todos. Un matrimonio llamado Badminton salió alrededor de las nueve para asistir a una reunión, pero su coche patinó en el asfalto mojado por la lluvia, en la esquina inmediata, y fue contra un taxi que les embistió de costado. La pareja fue llevada al hospital, donde la señora Badminton se encuentra inconsciente, en estado grave. He destacado al detective Arling al hospital para que interrogue al señor Badminton, que al parecer sólo sufrió heridas leves... — La puerta de la oficina se abrió en este instante y el capitán, señaló al hombre que entraba: — Bien, aquí está Arling.

El detective dejó su sombrero sobre una mesa y se acercó sacando del bolsillo un librito de notas.

—¿Algo en concreto, Arling? — preguntó Steuben.

—La señora Badminton sufre conmoción cerebral con heridas graves y abundante pérdida de sangre, así que por el momento no podrá declarar — notificó el detective brevemente—. En cuanto al señor Badminton, se siente muy trastornado y con las ideas bastante confusas. Recuerda que él y su esposa se encontraron con un desconocido al salir del ascensor, pero él estaba malhumorado por una discusión que acababa de tener con su esposa por causa de cierto retraso que había sufrido, así que no reparó en el sujeto. Recuerda vagamente que vestía gabardina, y eso es todo. Pero cree que su mujer se fijó mejor y espera que ella pueda facilitarnos algún dato complementario cuando recobre el sentido.

—¿Y eso cuánto puede tardar? — preguntó Mac Gibony bruscamente.

—Puede que tarde varias horas o varios días. Y también puede que no lo recobre jamás. El estado de la mujer es grave — repuso el detective.

Mumford y Steuben cambiaron una mirada entre sí.

—Si el hombre que los Badminton vieron al salir del ascensor era un desconocido, la identificación de Harkness puede depender de lo que la señora Badminton tenga que decimos al recobrar el sentido — murmuró el capitán, añadiendo después: — No sé si podremos retener a Harkness tanto tiempo.

—Nos queda la posibilidad de que algún taxista o cualquier viajero del Metro identifique a nuestro hombre — dijo Mac Gibony, quien al parecer se asía fuertemente a la creencia de que Harkness tenia algo que ver en el asunto.

—Bueno — dijo Steuben—, esperaremos al menos hasta que los periódicos de la mañana hayan publicado la fotografía de Harkness. —Señaló a Brower con la cabeza: — ¿Qué haremos con éste?

—Yo le interrogaré — dijo Mac Gibony sombríamente.

Pero Steuben se opuso:

—No creo que esté en condiciones de conducir un interrogatorio por cauces normales y sin violencias, Lowell. Mumford se encargará de eso.

—Vamos, señor Brower — dijo Mumford, haciendo una seña ai detenido para que le precediera al interior del cuarto donde Harkness había sido interrogado.

* * *

Haremeyer estaba esperando a Patrick en la oficina, a primeras horas de la tarde del día siguiente. La expresión del rostro del abogado era triunfal, en oposición al fruncido ceño del teniente Mac Gibony, que se encontraba también presente.

—Está usted en libertad, Harkness — dijo el abogado—. Presenté una demanda de «Habeas Corpus» al fiscal del distrito, y tuvieron que soltarle, por falta de pruebas para iniciar un juicio.

El teniente Mac Gibony, poniéndose delante de Patrick, espetó:

—No creas que hemos terminado contigo, Harkness. Fuiste lo bastante listo para viajar en tren, donde difícilmente podías ser reconocido. Pero una pareja llamada Badminton te vio en el patio. Cuando la señora Badminton recobre el sentido, te identificará. Y eso es todo lo que necesitamos para detenerte de nuevo y hacerte juzgar y condenar por el asesinato de mi mujer.

Patrick no dijo nada. Se limitó a mirar a los ojos *del* policía, con una expresión que preocupó a éste. Luego se volvió hacia su abogado.

—Vamos, señor Haremeyer. Cuando usted quiera.

El sargento devolvió a Patrick su reloj de pulsera, su billetero, su pitillera y todos sus demás objetos de uso personal contenidos en un sobre que vació sobre el mostrador.

—Firme aquí si todo está conforme.

Patrick firmó, distribuyó los objetos entre sus bolsillos y salió acompañado de Haremeyer.

El abogado tenia su automóvil en la zona de aparcamiento próxima al Precinto de Policía, y se ofreció a llevarle a cualquier parte. Patrick, entendiendo que Haremeyer deseaba hablar con él, accedió diciendo:

—Lléveme a mi casa entonces, si no le importa.

Mientras conducía su lujoso coche a través de la calles atestadas de tráfico, en una tarde fría, ventosa y gris, Haremeyer explicó a su cliente las circunstancia que concurrían en su caso.

—Dos personas por lo menos están metidas hasta el cuello en este asunto, y una de ellas es usted, Harkness. Ese Brower es por lo menos tan sospechoso como usted, pero sus móviles para asesinar a la señora Mac Gibony son más poderosos que los de Brower, por lo que se conoce hasta ahora. No sé si usted estuvo en el doscientos diecisiete de South Street anoche, y no quiero saberlo tampoco. Pero si estuvo allí y esa señora Badminton le identifica, su caso estará más perdido que el de un mono llegado a la Luna a bordo de un cohete, para citar un ejemplo de la más palpitante actualidad. Por suerte para usted, la señora Badminton sufrió un accidente de automóvil apenas salir de casa, y se encuentra ahora en el hospital, inconsciente y en estado de suma gravedad. Tal vez debiera aprovechar usted esta breve tregua para despistar a los policías que seguramente le siguen en este instante, y poner pies en polvorosa tomando un aeroplano para Europa, Canadá o algún país de Hispanoamérica. Al menos tiene dinero, ¿no es así?

—Usted parte de la falsa suposición de que conservo ocultos en algún sitio los doscientos cincuenta mil dólares que nunca aparecieron — repuso Harkness con seco acento de resentimiento. El abogado, atento al disco rojo del semáforo que les tenía detenidos, no contestó. Patrick continuó: — No tengo ese dinero. Fui condenado injustamente por un delito que no había cometido, y ahora estoy a punto de ir a la silla eléctrica por otro delito que tampoco cometí.

—Usted no sentía mucha simpatía por la señora Mac Gibony, antes señorita Talmage.

—No. Pero tampoco le guardaba resentimiento. Ella me vio a través de la ventana cuando yo abría aquella maleta que mi hermano me mandó recoger en la consigna de la estación. Me vio sacando fajos de billetes de la maleta y telefoneó a la policía. La señorita Talmage creía estar cumpliendo con un deber cívico que yo habría cumplido también en sus mismas circunstancias. Yo mismo estaba pensando llevar aquel dinero a la Policía cuando fui golpeado por detrás en el momento en que metía la maleta en mi automóvil. La maleta y el dinero habían desaparecido poco después,

cuando recobré el conocimiento, y entonces se presentó el teniente Mumford y me detuvo. Fui lo bastante tonto para admitir que había tenido el dinero en mi poder y pensaba devolverlo. Si me hubiera obstinado en negar tal cosa, tal *vez* me habría salvado. Pero no lo hice así, y me condenaron por suponer que yo tenia el dinero escondido en alguna parte. Ahora creo tener una idea más aproximada de lo que en realidad ocurrió.

—¿Sí? — dijo Haremeyer con aire aburrido, moviendo la palanca del cambio de velocidades y poniendo su automóvil en marcha.

Aunque sabía que el abogado no creía una palabra de cuanto estaba diciendo, Patrick continuó:

—Voy a encargarme yo mismo de descubrir al criminal. Y cuando haya cogido al asesino de la señora Mac Gibony, tendré posiblemente al hombre que me golpeó por detrás y se llevó la maleta con el dinero. Respecto a lo que le debo a usted por los servicios de hoy...

—No tiene que pagarme ahora — le interrumpió el abogado—. Pronto me necesitará de nuevo si sigue por ese camino.

Patrick guardó silencio y luego dijo:

—Creo qué ya le estoy necesitando. Me prestará un buen servicio si me indica una agencia de detective» en cuya discreción yo pueda confiar.

—Bien — dijo Haremeyer, haciendo girar el volante para tomar una calle lateral—. Creo que tengo exactamente lo que usted necesita. Fred Jensen me ha prestado a mí muy buenos servicios. Le presentaré.

Harkness volvió la cabeza, observando por el cristal posterior a un sedán negro que había girado bruscamente, siguiéndoles.

—Ahora, no — dijo—. Creo que los hombres de Mac Gibony me están siguiendo. Deténgase junto al bordillo y me apearé. Procure ver a ese amigo suyo y ruéguele que venga a mi casa esta misma tarde. Seguiré solo en un taxi.

Haremeyer arrimó el coche al bordillo de la acera, Patrick

saltó a ésta y cerró la portezuela, despidiéndole con un gesto. Haremeyer arrancó, y el sedán negro pasó por delante del joven. Patrick pudo ver el sorprendido rostro del sargento Wilcox que se volvía a mirarle desde el interior del coche. El automóvil se detuvo bruscamente unos metros más allá, la portezuela se abrió y Wilcox saltó a la acera quedándose mirando a Patrick con descaro.

Patrick, volviéndole la espalda, detuvo con la mano un taxi amarillo.

—A Dickman Street — ordenó secamente al conductor.

El taxi, al arrancar, pasó junto al coche policial, y al mirar atrás por el cristal posterior, Patrick pudo ver al sargento Wilcox que volvía al sedán haciendo una seña al conductor en dirección al taxi.

Todo el camino hasta las alturas de Fort Tryon llevó Harkness a la zaga el coche policial. Al llegar ti camino particular que conducía a las casas

ocultas por la arboleda, el sargento Wilcox arrimó su automóvil, deteniéndolo junto al bordillo, como dispuesto a esperar allí por tiempo indefinido. Patrick adivinó en esta maniobra el temor de la policía a que se aprovechara de su momentánea libertad para huir, tal como Haremeyer le había aconsejado que hiciera: Pero el propósito de Patrick no era huir por el momento, aunque quizá con esta decisión se destruía a sí mismo.

Porque, a menos que falleciese a causa de las heridas recibidas en el accidente de circulación, la señora Badminton no tardaría en recobrar el conocimiento, y entonces le identificaría sin remedio.

La sensación de que su vida estaba pendiendo de un hilo, pesaba abrumadora sobre Patrick Harkness en el momento de entrar en su domicilio.

CAPITULO IV

Vestido con su mejor traje gris, cuya chaqueta resultaba un par de dedos larga para la moda actual, pulcramente afeitado hasta donde los arañazos y despellejaduras de su herido rostro hablan permitido, Patrick Harkness esperaba de pie ante la puerta de la señorita Talmage a que alguien acudiese a la llamada del timbre.

Cuando finalmente la puerta se abrió, fue la propia miss Talmage quien se mostró ante él, mirándole con sus hermosos, grandes y sorprendidos ojos.

—¡Oh, usted! — exclamó la muchacha. E hizo un movimiento brusco para cerrar la puerta.

Pero Patrick adelantó rápidamente un pie, interponiéndolo como una cuña entre el marco y la puerta.

—Usted perdone, miss Talmage — dijo Patrick con rapidez—. Comprendo sus sentimientos hacia mí, pero le aseguro que está en un error. Yo no he matado a su hermana.

—¡Váyase! — gritó la muchacha, a punto de echarse a llorar—. No quiero verle. ¡Váyase!

—No puedo — repuso Patrick sosteniendo la puerta con firmeza—. Es preciso que hable con usted.

—Llamaré a la policía.

La joven abandonó bruscamente la puerta, alejándose hacia el mueble donde descansaba el teléfono. Patrick Harkness entró en la casa, cerrando tras sí, y si guio luego a la muchacha hasta el velador contiguo al diván del que ella acababa de tomar el teléfono.

Con el aparato en la mano, miss Talmage se volvió a mirar a Patrick con ojos furiosos.

—¿Por qué está aquí? — preguntó—, ¿No le había detenido la policía?

—Tuvieron que soltarme por falta temporal de pruebas. — Harkness sostuvo con firmeza la mirada de la joven, la cual vaciló. Añadió: — Pero pronto volverán a detenerme, y acaso entonces me condenen por un crimen que no he cometido. En realidad dispongo de muy poco tiempo para demostrar mi inocencia y es por eso por lo que necesito hablar con usted.

La expresión de los azules ojos de Victoria Talmage era de franca incredulidad y asombro.

—¿Qué quiere decir exactamente? — preguntó.

Y Patrick contestó:

—Yo no maté a su hermana, señorita Talmage, aun. que existen circunstancias en mi contra que pueden condenarme. Una mujer que se

encuentra en trance de muerte en el hospital, puede hacer que me sienten en la silla eléctrica, sólo identificándome como el hombre que ella vio a punto de entrar en el ascensor de la casa donde se cometió el crimen. Francamente, no le deseo la muerte a esa buena señora. Sin embargo, si ella salva su vida, yo perderé la mía sin remisión, ¿Comprende ahora cuál es mi situación?

El bello rostro de la señorita Talmage se contraje en una mueca de espanto.

—¿Así, admite usted que estuvo en el apartamento de mi hermana anoche? — balbució.

—Estuve allí — afirmó Patrick.

—¿Y la policía... le ha puesto en libertad a pesar de ello?

—La policía no tiene todavía pruebas de que yo estuviera en el lugar del crimen anoche.

—¿Quiere decir... que usted lo negó?

—Si lo hubiese admitido no estaría ahora aquí.

Las largas pestañas de la señorita Talmage aletearon en rápido parpadeo.

—¡Oh! — exclamó—. ¿Y viene y me lo confiesa a mí... así, con ese descaro?

—No es descaro, señorita Talmage. Simplemente acudo a usted como un náufrago a una tabla de salvación. Quizá esté equivocado y haya puesto en sus manos un arma que puede volverse contra mí... ¿Va a llamar a la policía denunciando lo que acabo de confesar ante usted?

La señorita Talmage, todavía con el teléfono en la mano, miró al ex presidiario vacilando. Dijo:

—Ne sé lo que se propone usted al hacerme esta confesión, señor Harkness. De todos modos, no crea que me confunde con esta muestra de supuesta confianza. Sin un testigo que apoyara mi acusación, ésta no bastaría probablemente para condenarle.

—Quizá no. Pero podría bastar para que su cuñado, el teniente Mac Gibony, me encarcelara de nuevo y me diera otra paliza como la que me propinó anoche.

Victoria Talmage escrutó con curiosidad el herido rostro de Patrick.

—¿Se lo hizo él? — preguntó.

—Sí. Es un poco brutal su cuñado de usted, y no creo que lo hiciera solamente inspirado por la rabia de ver a su esposa muerta. Por lo que he sabido luego, su cuñado y su hermana no se llevaban demasiado bien.

Miss Taima ve abandonó el teléfono sobre su soporte, y mirando gravemente a Patrick, preguntó:

—¿Qué quiere usted de mí, Harkness?

—Sólo que me ayude a encontrar al asesino de su hermana.

—Para eso habría yo de admitir primero que no fue usted quien la mató. Todavía no me ha dicho por qué fue a ver a mi hermana anoche, aunque admite que la habló.

—No he dicho que la hablase. Su hermana estaba ya muerta cuando yo llegué. — La señorita Talmage lanzó una rápida mirada sobre el teléfono que había dejado, y Patrick adivinó sus dudas y su recelo. Continuó: —Esto que voy a decirle le parecerá extraño, y por lo mismo que nadie querría creerme, lo oculté a la Policía. Su hermana me telefoneó.

—¿Que Rita... le telefoneó a usted? — balbució la joven, llena de asombro.

—Me dijo algo así como que poseía indicios que podrían arrojar alguna luz sobre lo ocurrido hace seis años y acaso demostrar mi inocencia. Sí, sé lo que está pensando usted — añadió Harkness, anticipándose al gesto de incredulidad de la muchacha—. Parece un absurdo que su hermana me dijera eso por teléfono, e increíble que yo acudiese a su llamada animado de la vana ilusión de ver brillar mi inocencia en un hecho pasado, por el cual ya sufrí condena. Esto carece de sentido para todos... excepto para mí, que realmente fui inocente..., y acaso para Bita, si ella sabía como yo que fui injustamente castigado por un robo que no cometí.

—¿Quiere decir que mi hermana...?

—Su hermana sabía que yo acudiría a su llamada telefónica, y cabe preguntarse en este caso si ella sabía, como lo sé yo, que fui castigado sin razón.

La señorita Talmage miró rápidamente a Patrick, bajó sus ojos y se dejó caer en el diván de espaldas a su visitante. Desde allí habló sin volverse. Dijo:

—No puedo admitir su versión como verídica, señor Harkness. Si Rita conocía algún hecho capaz de demostrar la inocencia de usted, entonces conocería ese caso mucho antes..., quizá el día que compareció ante el Jurado para hacer firme su primera declaración. ¡Y yo no puedo creer que, sabiéndole ella inocente, o existiendo alguna prueba a favor de usted, la ocultara con el premeditado propósito de perjudicarle!

—A menos — apuntó Patrick — que al dejar que me condenaran se beneficiara a sí misma de una forma considerable.

—¡Cómo! ¿Qué pretende insinuar? — exclamó Victoria Talmage, y volvió su enrojecido rostro.

—Pienso que, al fin y al cabo, pudo ser su hermana quien me golpeó por detrás con una llave inglesa y se llevó la maleta con el dinero.

Miss Victoria Talmage saltó violentamente en pie.

—¡Váyase! — dijo señalando la puerta con su tembloroso brazo—. ¡Salga de mi casa inmediatamente!

—Está bien — suspiró Patrick, abriendo los brazos en ademán

impotente—. Ya me figuraba que usted estaba tan comprometida como su hermana en la desaparición de aquellos doscientos cincuenta mil dólares.

Patrick se dirigía ya hacia la puerta cuando la muchacha le alcanzó corriendo, yendo a interponer su jadeante pecho entre él y la hoja de madera.

—Oiga, Harkness — dijo con voz silbante, mientras sus lindos ojos suplicaban—. Usted no puede creer eso de mí.

—Supongamos que lo hago — repuso Patrick—. ¿Me permitirá creer en la participación de su hermana en aquel robo?

—¡Dios mío, pero es que...!

—¿Sí, o no?

Victoria Talmage apartó sus ojos.

—Admitiré una cosa solamente — dijo—. Rita era bastante ambiciosa y decidida para hacerlo, pero no lo hizo. Sé que no pudo hacerlo

—¿Cómo lo sabe? ¿Estaba usted aquí aquella noche?

—No. Yo no estaba en casa. Pero sé que Rita no lo hizo. Acaso supiera quién le golpeó a usted en la cabeza y se llevó el dinero. Puede que le viera desde la ventana como antes le había visto a usted. Pero Rita, al menos por sí misma, no salió a quitarle el dinero. ¿Quiere que le diga lo que yo he llegado a pensar?

—Dígalo — animó Patrick—. A lo mejor coincidimos en nuestras suposiciones.

Ella le miró rápidamente, apartó de nuevo sus ojos y dijo:

—Esto es lo que yo pienso. Rita vio desde la ventana al hombre que fue a esconderse en el garaje y que le golpeó a usted en la cabeza cuando iba a sacar el automóvil. Pero el hombre, quienquiera que fuese, vio a Rita espiándole a su vez. Entonces el hombre entró aquí, en nuestra casa, y subió a la habitación de mi hermana. Usted recordará que Rita se encontraba en cama haciendo cura de reposo. Pues bien, el hombre que le había robado a usted el dinero debió amenazarla al mismo tiempo que le hacía una proposición. La Compañía aseguradora de aquel dinero había ofrecido una recompensa de diez mil dólares a quien aportara dato,) que ayudaran a recuperarlo. El ladrón dobló quizá la oferta de la Compañía de Seguros. Y fuera por miedo o por codicia, Rita lo tomó. Con este acto entró en complicidad con el ladrón y se vio obligada a guardar silencio.

Victoria Talmage se interrumpió, y entonces habló Patrick:

—¿Puedo preguntarle por qué caminos llegó usted a tal conclusión?

—Rita tenía dinero. Hay un viejo refrán que dice que dinero y amor no pueden estar ocultos. Hay algo más que tampoco puede permanecer oculto: el miedo.

—¿Miedo?

—Sí, Rita lo sentía. La he visto asustada de algo. Teniendo que recurrir

al alcohol para envalentonarse y destruir la felicidad de su matrimonio por esta causa, fa sabe que Rita estaba en trámites de conseguir el divorcio.

La muchacha guardó apesadumbrado silencio.

—Bien — dijo Harkness—, algo así era lo que yo había pensado. Usted, naturalmente, no tiene la menor idea de quién pudiera ser el hombre que la tenía asustada.

Victoria Talmage meneó lentamente la cabeza en sentido negativo.

—¿Lo sabe usted? — preguntó.

—Tengo una remota idea, pero debo comprobar antes mis sospechas. Hábleme de ese joven Brower. ¿Le conoce?

—Rita me llevó a cenar al club de Brower un par de veces y me lo presentó. No me gustó ese Brower, así como tampoco su club y las gentes que lo frecuentan. Por otra parte, no creí que él sintiera por mi hermana un amor capaz de imponerle el sacrificio del matrimonio. Jim Brower no es de la clase de hombres que se casan con una muchacha enferma e histérica como era Rita.

—¿Ella estaba enamorada de Brower?

—No lo creo. Pero Rita, aparte de entregarse al alcohol, había contraído el vicio de los narcóticos. Brower le proporcionaba los estupefacientes, y creo que con éstos y su hermosa cara estaba sacando a Rita todo su dinero, engañándola con las demostraciones de un falso afecto que Rita necesitaba para mitigar su solidad.

—Comprendo. Mac Gibony debía estar muy furioso contra su mujer.

—Lo estaba, sí. Resultaba denigrante para un policía tener una esposa en estas condiciones. Yo lo comprendía y así se lo dije a mi hermana. Nos peleamos por esta causa. Rita fue de mal en peor y casi era de esperar que acabara encontrando el trágico fin que *se* la llevó al otro mundo...

Patrick escrutó la angustiosa expresión del rostro de la muchacha.

—Creo que con mis preguntas le he causado un gran dolor, miss Talmage — murmuró—. Perdóneme. No quiero molestarla más,

Ella le acompañó a través del salón, hasta la puerta.

—¿Amigos?... — preguntó Patrick, ofreciéndole su mano.

Victoria Talmage asintió con la cabeza, estrechando la diestra del joven.

—Me temo que sea demasiado pedirle qué perdone a mi hermana por lo que hizo con usted — suspiró.

A lo que Patrick contestó:

—Recuerde que no hay pruebas de que lo hiciera. ¿Quién sabe si al final no tendremos que pedirle al espíritu de Rita que nos perdone por haber malpensado de ella?

—Ojalá fuera así, Harkness — dijo la chica suspirando. Y añadió mirando al suelo: — Gracias de todos modos por no guardarle rencor a mi

hermana,

—No soy rencoroso, miss Talmage. Pero me gustaría que usted me demostrara que tampoco lo es y creyera realmente en mi inocencia.

—¿Cómo podría demostrárselo?

—Saliendo conmigo esta noche para cenar juntos.

—¿Cree que estoy en condiciones de salir a divertirme, señor Harkness?

—No vamos a divertirnos — aseguró Patrick—. Solo a realizar una función necesaria: comer. Y de paso trabajar en el esclarecimiento de este crimen. En realidad deseo pedirle que me lleve a ese club nocturno de Jim Brower. Y usted misma ha dicho que se trata de un lugar desagradable.

—¿Quiere que le acompañe allí? — murmuró la señorita Talmage pensativamente. Luego asintió: — Está bien. ¿A las siete?

—Vendré a recogerla — dijo Patrick.

* * *

Como la tarde anterior, al regreso de su breve visita a la señorita Talmage, el teléfono estaba sonando cuando Harkness entró en su casa. El profesor T. C. Brisbane era el que llamaba.

—¿Podrá venir a mi casa esta misma tarde, señor Harkness? — dijo T. C. Brisbane—. Deseo hablar con usted respecto a su concierto «Sinfonía en la Ciudad», que fue tan amable de enviarme hace dos meses, si mal no recuerdo...

—Recuerda usted mal, querido profesor — rectificó Patrick riendo—. No son dos, sino que van a ¡hacer cuatro meses que le envié mi concierto por correo. Pero comprendo que está usted demasiado ocupado para entretenerse en leer todas las partituras que le envían los autores noveles.

—La suya la he leído, señor Harkness — repuso la voz pausada del insigne músico —. Es por ello que quiere hablar con usted respecto a la misma.

—¿Le ha gustado? — preguntó Patrick conteniendo el aliento.

—Demasiado lo sabe usted, Harkness. Pero no quiero transmitirle mis elogios por teléfono. ¿Vendrá a comer conmigo?

—Sí. Encantado, muchas gracias — repuso Harkness precipitadamente. Mas luego recordó: — Es decir, contando con que pueda desprenderme de un compromiso que contraje anteriormente con cierta señorita amiga mía.

—¡Oh, cuánto lo lamento! — exclamó la voz del profesor, el cual añadió: — En fin, puede usted traerla también si no le es posible deshacerse de ese compro miso. Estaré solo en casa. A las ocho y media.

Patrick repitió sus sentidas gracias y colgó el teléfono. Un momento permaneció inmóvil pensando en las perspectivas que acaso el futuro le reservaba entre las páginas de su «Sinfonía de la Ciudad», escrita tras

cuatro años de concienzudo trabajo en el silencio de su estrecha celda en Sing-Sing. Luego recordó a Rita Talmage, y todo el endiablado lío en que estaba metido hasta el cuello, y el desaliento le aplastó

En aquel momento escuchó fuera el rumor de un motor de automóvil que se detenía ante su puerta. Luego se escucharon pasos en el sendero y sonó el timbre,

Patrick fue a abrir, encontrándose ante un hombre flaco cubierto con un gabán, reclinado indolentemente en el quicio de la puerta.

—¿Harkness? Soy Fred Jensen. Creo que quiere usted verme. Haremeyer me dijo que viniera.

—Sí. Entre usted, Jensen.

El detective entró con las manos en los bolsillos de su gabán, volviendo a un lado y otro su ganchuda nariz, como husmeando el aire. Tenía los ojos pardos, de mirar agudo. Patrick le invitó a sentarse en el diván, y mientras preparaba un «Martini» en el mueble bar fue hablando.

—Haciendo un poco de historia, señor Jensen, el asunto está así. Como mi hermano Sterling, yo me crie en una pequeña población del Estado de Illinois. A los dieciocho años me vine a Nueva York, donde mi hermano ya llevaba viviendo algunos años. Sterling me buscó trabajo como pianista en un club nocturno, me amuebló esta casa y me ayudó con su dinero para que yo pudiese continuar estudiando composición en el Conservatorio de esta ciudad. Nunca supe a ciencia cierta cuáles eran las ocupaciones de mi hermano, pero no me gustaban los hombres que le acompañaban y tenía razones para sospechar que se dedicaba al negocio de las máquinas tragaperras y cosas parecidas, aunque nada delictivo al fin. Así las cosas, una mañana me trajo el correo una nota de Sterling acompañada de un talón de la consigna de equipajes de la estación de Pennsylvania. Sterling me rogaba en su nota que fuese a recoger la maleta a que se refería el talón y la guardase en casa hasta que él viniese personalmente a buscarla. En los periódicos de la mañana había leído yo el asalto a la caja de cierta «Compañía Moss», pero no pude relacionar entonces una cosa con otra, ya que los periódicos no daban los nombres de los atracadores.

Patrick se interrumpió al llegar a este punto de su narración para tender un vaso a Jensen y tomar asiento en un sillón, con el suyo entre las manos. Luego continuó:

—Aquella tarde saqué el automóvil y fui a recoger la maleta. Ya de regreso, compré el periódico que los vendedores pregonaban con «slogans» sensacionalistas. La banda de atracadores, al parecer, había sido descubierta y aniquilada. Pero no fue hasta llegar a casa y leer el periódico cuando supe que el jefe de la banda era mi hermano, y que Sterling estaba muerto...

De nuevo se interrumpió, como sopesando en silencio el recuerdo

amargo de aquellos dramáticos momentos. Después prosiguió:

—Hasta meses después no se me ocurrió pensar en la maleta. Porque aunque los bandidos fueron detenidos, el dinero no se les encontró encima. Subí a mi habitación, saqué la maleta y la abrí sobre la cama. Allí estaba el dinero de la «Compañía Moss», doscientos cincuenta mil dólares en billetes usados, la mayoría pequeños. para el pago de la nómina de la fábrica. —Patrie k se interrumpió, mirando fijamente la impasible faz de Jensen. —Lo que voy a decirle ahora es lo mismo que repetí en el juicio y que nadie creyó. Usted no me creerá tampoco, y sin embargo, esto fue lo que sucedió. Nunca cruzó por mi cabeza la idea de quedarme con el dinero. Por el contrario, pensé en devolverlo, y eso fue lo que decidí hacer. Pero en vez de hacerlo en el acto, puse una conferencia telefónica a mis padres, preocupado por su estado después de haber sabido por los diarios lo ocurrido. Todo esto me llevó algún tiempo. Luego tomé la maleta y fui con ella al garaje para sacar el auto. Allí recibí un fuerte golpe por detrás en la cabeza, que me privó del sentido. Al volver en mí poco después vi que la maleta había desaparecido con el dinero. Todavía me encontraba medio aturdido cuando llegó el teniente Mumford, de la policía, y me detuvo. Nunca se me quiso creer. El Jurado estimó que yo había escondido el dinero en alguna parte, y me declararon culpable. Me condenaron a seis años de prisión que he cumplido día por día, y ayer me pusieron en libertad.

—Conocía todo el asunto — dijo Jensen con voz sin expresión—. Haremeyer fue su abogado defensor y me empleó en la búsqueda del único miembro de la banda de Sterling Harkness que nunca fue detenido. La idea de Haremeyer era demostrar que ese hombre, Milton Fitzgerald, había estado esperando que usted sacara la maleta de la estación de Pennsylvania y la trajera a esta casa, para apoderarse del dinero. Desgraciadamente no pudimos dar con la pista de Fitzgerald, que había desaparecido de la ciudad el mismo día del robo

—Perfectamente — dijo Harkness —. Lo que yo quiero de usted ahora, es que me averigüe si Milton Fitzgerald se encontraba en la ciudad anoche.

—Veamos — dijo Jensen—. ¿Se propone desenterrar el hacha y volver sobre lo ocurrido hace seis años, en un intento por demostrar su inocencia?

—¿Oree que pierdo el tiempo?

—Nunca digo eso a mis clientes. Pero es mi deber prevenírselo, Harkness. Tendrá que confiar por entero en mi honradez y la de mis muchachos, sin que por otro lado podamos garantizarle el éxito de estas pesquisas.

—Está bien, Jensen. Hay algo más. Quiero que ponga un par de hombres a investigar las actividades de un tal Jim Brower, que fue detenido anoche como sospechoso de haber dado muerte a la mujer del teniente Mac

Gibony, de la policía.

—Conozco a Brower. Tiene un club nocturno y negocia algo con estupefacientes.

—Y también quiero que me especifique los movimientos del teniente Mac Gibony, desde las seis de la tarde a las nueve y media de la noche.

—¡Oiga...!

—Como asimismo cuál es el saldo de su libreta de ahorros o su cuenta corriente, si las tiene. Quiero saber si el apartamento C de la casa doscientos diecisiete de South Street le pertenece en propiedad, cuánto gastó en muebles, en automóviles, y todas las compras que realizó durante los últimos seis años.

—¡Pero, escuche! — protestó Jensen—. ¿Qué mil diablos se propone usted? ¿Sabe lo que puede pasarnos a mi y a mis muchachos si Mac Gibony Lega a darse cuenta que nos estamos metiendo en su vida privada?

—No querrá decirme que por el hecho de ser policía goza Mac Gibony de plena inmunidad. Supongamos que hubiera cometido un crimen. ¿Debería quedar éste impune, sólo porque no se puede investigar en la vida privada de un agente de policía?

—Bueno, bueno — farfulló Jensen, chupando el extremo del lápiz con el que tomaba apuntes—. Pero le cargaré en cuenta aparte el gasto de árnica que hagan mis muchachos si ocurre lo que me temo

Patrick sonrió. Jensen, después de hacer algunas anotaciones, preguntó:

—¿Hasta cuánto podemos gastar?

—Hasta cinco mil, eso por lo pronto. — Jensen le miraba con asombro, y Patrick agregó: — No crea que tenga todo *o* parte del dinero que desapareció. Cinco mil dólares es lo que me han dado mis derechos de autor por unas cuantas canciones grabadas en discos.

—Usted lo dice todo, Harkness — murmuró el detective, a modo de disculpa.

Y se marchó.

Patrick subió al piso superior para afeitarse y cambiarse de ropa. Faltando pocos minutos para las siete, salió de su casa y fue a sacar el automóvil del garaje. Guando detenía el coche ante la casa de la señorita Talmage, la puerta se abrió y la propia Victoria apareció, linda y gallarda sobre sus zapatos de altos tacones.

Patrick había decidido no comunicar su cambio de planes a la muchacha hasta última hora.

El profesor T. C. Brisbane podía no ver con buenos ojos que fuese acompañado de una señorita a quien no conocía. Pero para satisfacción del propio Patrick, era importante que miss Talmage viese con sus ojos la clase de personajes con quienes él se relacionaba, y escuchase por sus oídos los elogios que, a no dudar, haría el insigne maestro de su obra.

—¿Lista, señorita Talmage? Bueno, siento decirte que ha habido un ligero cambio de planes. El profesor Brisbane me telefoneó después de haber hablado yo con usted. Quiere que vayamos a cenar con él a su casa.

—¿Se refiere acaso a T. C. Brisbane, el director de orquesta?

—Justamente a él. ¿Le importa que la lleve conmigo y la presente?

La muchacha vaciló.

—Diga, ¿sabe el maestro Brisbane que me va a llevar con usted?

—Por supuesto, se lo dije.

—Entonces creo que no me importará cenar en compañía de una personalidad tan notable. ¿Sabe que soy una admiradora del profesor? No me he perdido ninguno de los conciertos que ha dado aquí, en Nueva York.

—Yo ignoraba siquiera que usted fuese una admirar dora de la buena música. Siendo así, me parece que todo queda a gusto de todos. Cenaremos con el maestro y luego, si usted quiere, daremos una vuelta por ese club nocturno de Brower, antes de volver a casa.

Miss Talmage subió al coche, ocupando el asiento contiguo al del conductor. Patrick empuñó el volante y condujo el «Studebaker» por el camino hacia la carretera. Los faros del automóvil bañaron de lleno a un hombre que parecía estar al acecho, con las manos en los bolsillos de la gabardina y el cuello subido hasta las orejas.

—¿Ha visto ese hombre? — preguntó la chica con alarma—. Parece que nos esté vigilando.

—A usted no — repuso Patrick pisando el acelerador—. Es a mí a quien vigilan. Obra de su desconfiado cufiado el teniente Mac Gibony. Seguramente teme que aproveche esta breve tregua para escapar al extranjero.

Miss Victoria Talmage se limitó a mirar la negra cinta de asfalto, sin contestar. Patrick la observó por el rabillo del ojo. Y al comprobar la belleza de su linda acompañante, rememoró las largas noches de presidio, en que tantas veces había deseado encontrarse en su coche al lado de tina muchacha agradable. Esta noche había llegado por fin. Pero, lejos de parecerle remota su estancia en presidio, la sombra siniestra de Sing-Sing pesaba sobre él amenazándole con arrastrarle de nuevo hasta la fría oscuridad de su celda de penado.

CAPITULO V

De nuevo en el automóvil, al salir de la casa del profesor Brisbane, los dos guardaron prolongado silencio, mientras Patrick conducía con cuidado por entre el abundante tráfico que se encauzaba hacia la entrada del puente de Manhattan. Luego, mientras cruzaba el East River, Victoria Talmage habló:

—Le agradezco mucho que me haya llevado a cesar con el profesor Brisbane, señor Harkness.

El la miró de lado y sonrió... La muchacha continuó:

—No es por haberme dado así la ocasión de conocer al maestro, sino porque esta noche le he podido conocer mejor a usted.

—¿Cómo? — preguntó Patrick.

—Un hombre que como usted, ha escrito esa maravillosa «Sinfonía de la Ciudad»..., de quien Brisbane ha alabado su profunda sensibilidad, no puede ser un delincuente vulgar que se apropia de dinero robado y asesina a mujeres histéricas y enfermas por maldad y venganza.

—¿Es eso lo que cree usted? ¿Sinceramente?

—Sinceramente, señor Harkness.

Patrick tardó un minuto en decir con voz grave y emocionada:

—Gracias, Victoria, ¿Me permite que la llame así? — ella hizo un gesto de asentimiento y Harkness continuó: — No sabe cuán alentador resulta que haya personas, como usted y el profesor Brisbane, que crean todavía y confíen en mi honradez.

Ella dijo de pronto, con vigor que sorprendió a Patrick:

—Estoy segura de que finalmente conseguirá demostrar su inocencia, tanto en lo que al asesinato de mi hermana se refiere como a la desaparición de aquel dinero. Ese odioso calificativo de «gángster compositor» que le dieron los periódicos tiene que ser corregido, y exigir públicamente una satisfacción a los Tribunales, el Jurado, la Policía y la Prensa, que tanto daño le han hecho. ¡Dios mío, me estremezco sólo de pensar que haya pasado usted seis años en presidio por un delito que nunca cometió!

—La cosa sería peor si lograran cargarme con la muerte de su hermana.

—¡Por Dios, no hablemos de ello!

No volvieron a hacer comentarios hasta que llegaron al club. Mientras el jefe de sala les guiaba por entre las mesas hasta un acogedor rincón, una mujer alta, rubia, de curvas sinuosas, apareció en la pista central y fue acogida por una salva de aplausos.

Se sentaron, y mientras Patrick pedía una botella de champaña, la mujer empezó a cantar con voz profunda y agradable. Las luces se atenuaron y

fueron apagadas finalmente, quedando sólo encendidas las lampantes de las mesas. Bajo el resplandor azulado de un foco, el vestido de la cantante fulgía como el dorado cuerpo de un pez. Tenía los desnudos hombros y los brazos blancos, con una blancura láctea y transparente, y los ojos grandes, oscuros y ribeteados de azul.

—¿Le gusta? — preguntó Victoria Talmage, clavando en Patrick una larga mirada escrutadora.

—Es muy guapa — confesó Patrick—. Y canta muy bien.

—¿Le gustaría invitarla a su mesa si yo no estuviera con usted?

—Pues..., ¿por qué dice eso? — interrogó Patrick amoscado, preguntándose si la señorita Talmage sería una de esas muchachas celosas, a quienes no gusta que el hombre que las acompaña mire a otras.

El camarero volvía con el champaña, y Victoria Talmage le hizo seña para que se inclinara.

—Dígale a la señorita que está cantando, que miss Talmage se sentirá muy honrada invitándola a tomar una copa en su mesa. — El camarero sonrió, y la chica agregó: — Ya nos conocemos.

Y miró a Patrick.

—Bien — dijo el camarero, aceptando la propina que se deslizaba en su mano —. Bien.

Ligeramente molesto, Patrick siguió escuchando a la cantante. Hasta que ésta, al terminar entre una salva de aplausos, levantó una mano y se arrancó de un tirón su hermosa peluca plateada. ¡Era un hombre!

Los aplausos redoblaron mientras el hombre abandonaba bruscamente sus maneras femeninas y saludaba inclinando la cabeza. Luego, mientras se retiraba, con hombrunos pasos, la señorita Talmage se echó a reír, y Patrick se volvió a mirarla avergonzado como nunca se había sentido.

—¿Qué le ha parecido la interpretación, señor Harkness?

—Magnífica — confesó Patrick con sinceridad—. Me engañó completamente. ¿Quién es?

—Nuestro amigo Brower.

—¡Oh! ¿El? — exclamó Patrick, confundido.

Y se encerró en largo mutismo, hasta que ella le preguntó:

—¿No se habrá enfadado? Fue una broma estúpida, lo reconozco. Pero la interpretación de Brower habría quedado deslucida si le hubiese declarado su identidad antes de terminar su número.

—Por Dios — protestó Patrick—. No estaba pensando en eso. Bueno, ahí viene Brower.

El Jim Brower real, elegante en su severo traje de etiqueta, vino cambiando saludos y afectuosas palmadas entre la clientela sentada a las mesas. Estrechó la mano de Victoria Talmage.

—Le presento a mi amigo, el señor Harkness.

Patrick se puso en pie para estrechar la delgada mano de Brower, cuyas largas uñas estaban todavía pintadas de laca roja.

—Muy buena su interpretación, señor Brower. Le felicito. ¿Quiere sentarse?

Brower lo hizo, mirando la cara de Harkness.

—Me parece que nos hemos visto antes. ¿Dónde?

—Anoche, en el Precinto de Policía. Yo tenía que fingir estar realmente hecho polvo para que Mac Gibony no siguiera pegándome, y usted acababa de llegar.

—¡Oh, sí! Ya recuerdo. ¿Así que le dejaron en libertad?

—Esta tarde. Fue un triunfo personal de mi abogado. ¿No le interrogaron a usted?

—Mac Gibony intentó repetir en mí el brutal interrogatorio que ya había practicado con usted, pero el capitán Steuben estaba allí y se opuso. Luego, providencialmente, uno de los vecinos de Rita declaró a mi favor. Este hombre había pasado por delante de la puerta del apartamento «C» y oyó a Rita, que al parecer discutía dentro en voz alta. Eran exactamente las ocho y media. A esa misma hora yo llegaba aquí, según mis empleados y varios de mis clientes pueden testificar.

—¡Vaya! — exclamó Patrick con fastidio—. Le felicito por la suerte que ha tenido, aunque al descartarle a usted como posible culpable hace que ¿odas las sospechas recaigan exclusivamente sobre mí.

—¿Estuvo usted en el piso de Rita? — preguntó Brower.

—¡Por Dios! — protestó Patrick—. ¿No querrá que se lo confiese a usted, verdad?

Brower se encogió de hombros, y por un momento reinó el silencio entre las tres personas sentadas en torno a la mesa.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía usted a Rita Talmage, Brower? — preguntó Patrick de pronto.

—¡Oh, hace mucho tiempo! Seis o siete años quizá. Ambos formábamos parte del elenco de una compañía de variedades que solía trabajar en provincias. Allí conocí a Rita, que formaba pareja de baile con un muchacho que luego tuvo un trágico fin. Rita se separó de la compañía al caer enferma, pero nuestra amistad persistió a pesar de todo. Más tarde, cuando logré establecer este club por mi cuenta, tuve ocasión de dar una oportunidad a Rita. Trabajó aquí como cantante durante un año, hasta que se casó con Mac Gibony. Últimamente volvió a pedirme que le diera su antiguo empleo, pero la bebida y las drogas habían destrozado su garganta y mermado mucho su precaria salud. He sentido sinceramente lo de Rita. Éramos muy buenos amigos.

—¿Solamente amigos, Brower?

—Bueno, estuve enamorado de ella mucho tiempo, si es eso lo que

quiere saber. Pero últimamente habíamos quedado solamente en buenos amigos. De verdad te acompaño en el sentimiento, Victoria — dijo Brower, estrechando la mano que la muchacha tenía sobre la mesa—. Es triste pensar cuán distintas pudieron ser las cosas tal vez, si Rita me hubiera aceptado por marido.

Victoria Talmage asintió levemente con la cabeza. Brower se puso en pie, disculpándose, y se marchó.

—¿Buen muchacho? — preguntó Patrick siguiendo al hombre con la mirada.

—No es malo — repuso la señorita Talmage —. Hubo un tiempo en que estuvo profundamente enamorado de mi hermana.

—¿Por qué le rechazó ella?

—¿No le he dicho nunca que Rita era terriblemente ambiciosa? Ella creía tener una buena voz y una bonita figura, lo cual era verdad sólo a medias. Me llevaba seis años de edad y nos arrastró a mamá y a mí a Nueva York luego que papá murió y cobramos su póliza de seguro. Rita creía que iba a conquistar esta ciudad, que es lo que cree la inmensa mayoría de los hombres y mujeres que vienen de provincias...

—Es cierto — aprobó Patrick con una sonrisa—. También yo lo creí.

—Usted está a punto de conquistar esta ciudad y el país entero porque tiene aptitudes naturales para conseguirlo con su música, Pero Rita, con su voz y su belleza, no pasaba de ser una mediocridad. Nueva York la ignoró y la humilló. Nunca pudo hacer destacar su nombre, y eso amargó su existencia. Volviendo a Brower..., él era demasiado pobre para que Rita le aceptara. Y sin embargo, Brower se ha afianzado en el tiempo como un notable artista en esto de las caracterizaciones. Su pequeño club no es de los más distinguidos, como usted puede ver por la gente que ocupa esas mesas, pero consigue que su salón se llene una noche tras otra, y no está lejos el día en que mejorará de posición.

—Este local debió costarle un buen pico. ¿De dónde sacó Brower el dinero? ¿Lo sabe usted?

Los azules ojos de Victoria Talmage se clavaron en los de Patrick.

—Harkness, ¿qué está pensando? — preguntó.

—Pienso que es lástima que su hermana se encontrara sola en casa la tarde en que a mí me golpearon la cabeza. Tal vez si usted se hubiera encontrado allí, recordara si Brower fue casualmente a ver a su hermana aquella tarde, y luego salió y volvió a entrar poco después con una vieja maleta conteniendo doscientos cincuenta mil dólares.

—¡Patrick, por favor! — suplicó la muchacha—. Aunque ambiciosa, yo no creo a mi hermana capaz de instigar a Jim para que fuera a golpearle a usted y le quitara el dinero.

—Pudo ser idea de Brower, limitándose Rita a prestar la complicidad

de su silencio. En realidad, ¿cómo podemos saber lo que ocurrió entre Rita y Brower, o entre Rita y cualquier otro que fuese su cómplice?

La señorita Talmage, evidentemente molesta, se puso en pie recogiendo su bolso. Patrick llamó al camarero.

—La casa paga, señor — dijo éste—. Es un obsequio del señor Brower.

Harkness dejó un billete entre los dedos del camarero y siguió a la señorita Talmage hasta el guardarropa.

Poco después se encontraban los dos de nuevo en el automóvil, de regreso hacia Manhattan.

—Comprendo sus sentimientos, Victoria — dijo Patrick sin apartar los ojos de la ruta—. Aun temiendo que su hermana fuera cómplice del sujeto que me quité la maleta, se niega a admitir de lleno que ella fuera una ladrona.

—Rita no era una ladrona — repuso Victoria Talmage, secamente—. Convenimos en que el autor del hurto se vio descubierto por Rita y la obligó con soborno y amenazas a ser su cómplice. Aunque parezca lo mismo, hay una diferencia entre esto y que mi hermana alojara en la cabeza de Brower o cualquier otro la idea de robarle a usted y permitir que usted pagara la culpa ajena.

—Perdóneme — dijo Patrick—. Y comprenda que en mi estado de extremo peligro me esfuerce por hallar un culpable que me sustituya en la silla eléctrica, bien sea Brower o cualquier otro.

La mención de Harkness a la silla eléctrica pareció impresionar a la señorita Talmage y la mantuvo en silencio hasta que el automóvil se detuvo delante de su casa. Patrick bajó del coche para abrirle la portezuela y la acompañó en silencio por el sendero hasta la marquesina de la casa. La muchacha abrió la puerta, y encendió la luz. No le invitó a entrar, pero se volvió hacia él y le ofreció la mano.

—Tal vez sea a mí a quien corresponda pedirle que me disculpe, Patrick — dijo en voz baja—. Si mi hermana conocía desde el principio al hombre que le quitó el dinero, ella le causó un perjuicio enorme con su silencio. En parte, y como miembro de la familia, me siento en deuda con usted.

—Usted no me debe nada, Victoria — dijo Patrick.

Ella alzó su bello rostro. Y Harkness, inclinándose, la besó en los labios.

—Buenas noches, Patrick — pronunció la muchacha, rápida y como avergonzada.

Y le oprimió cálidamente la mano antes de entrar y cerrar suavemente la puerta.

Poco a poco, Harkness volvió sobre sus pasos hacia el automóvil, que había quedado con los faros encendidos y el motor en marcha. Una alta y

fuerte figura surgió entonces de la oscuridad, por la parte trasera del auto, y salió al paso de Patrick.

Era el teniente Mac Gibony. Harkness le reconoció al instante, y algo como un trago de plomo derretido pasó por su garganta y le abrasó el estómago.

—Veo que no pierdes el tiempo, Harkness — dijo el policía con sorna, deteniéndose ante el joven—. ¿Quién había de decir que gozaras de tanto partido entre las chicas guapas y solteras? Claro que Victoria es una tonta. Pero así y todo, tratándose del asesino de su hermana, no me parece muy decoroso que digamos que te despida con un beso. ¿Qué le has dado, Harkness?

—A ella sólo le he dado un beso — repuso Patrick—. Pero a usted le daré un puñetazo en sus malditos hígados si vuelve a repetir que soy un asesino.

—¡Cómo! ¿No lo eres, Harkness?

—Apártese de mi camino, polizonte — dijo Patrick cerrando sus puños.

—Tienes sitio para pasar.

—¡Apártese le digo!

Mac Gibony rió burlonamente. Estaba allí delante de Patrick, con las manos en los bolsillos, seguro de su fuerza y del ascendiente que su placa de policía le daba sobre un hombre que acababa de abandonar el presidio y estaba a punto de volver a él.

—Anoche me pegó una paliza mientras sus esbirros me tenían bien sujeto, Mac Gibony — pronunció Patrick, arrojando su sombrero al suelo —. ¿Tiene a sus muchachos escondidos en las sombras para que le guarden las espaldas ahora también?

—He venido solo, Harkness. Pero puedo repetir aquí ahora la paliza que te propiné anoche, si es eso lo que andas buscando.

—Sí — dijo Patrick.

Su puño salió disparado como un muelle, alcanzando al policía entre los ojos antes de que pudiera apartarse ni sacar las manos de los bolsillos. (Mac Gibony fue vio lentamente lanzado contra la aleta del automóvil, en donde rebotó para caer al suelo. Sacó entonces sus manos de los bolsillos del abrigo, y en una de ellas empuñaba un revólver.

Harkness comprendió en este momento cuál había sido en el fondo la intención del policía: provocarle para que le atacara, y disparar sobre él para acaso alegar después legítima defensa.

Mac Gibony, en efecto, se revolvió en el suelo, tratando de encañonar a Harkness. Este, atacado de avasalladora cólera, avanzó con rapidez, pisando la muñeca de la mano en que su enemigo tenía la pistola. Mac Gibony rugió una maldición. Una patada de Patrick magulló los nudillos del detective, obligándole a soltar el arma. Mac Gibony rodó sobre sí

mismo, poniéndose en pie de un salto.

—¡Maldito seas, Harkness! — rugió —. ¡Te aplastaré como a un gusano!

Avanzó con las manos abiertas, dispuesto a hacer presa en Patrick como un luchador de «jiu-jitsu». Mac Gibony era fuerte, muy fuerte. Y estaba adiestrado en esta clase de lucha y en el judo. Sus manos cayeron sobre Harkness, clavándole sus nervudos dedos en la nuca. Un hábil golpe de Harkness con ambas manos separó los brazos del policía. Su codo golpeó rudamente a Mac Gibony en la barbilla, lanzándolo hacia atrás.

Patrick avanzó de un salto, atrapó a Mac Gibony por las solapas y lo tiró con fuerza contra el coche.

—Recuérdalo, polizonte — dijo mientras Mac Gibony rebotaba y caía de cara en el asfalto—. No estás ahora en tu Precinto, rodeado de detectives para que te faciliten la labor.

—¡Te mataré! — rugió el policía, incorporándose sobre manos y rodillas.

Harkness levantó la bota, aplicando un salvaje puntapié en el flanco del detective. Este rodó rugiendo de dolor, buscando a tientas la pistola que sabía estaba en el suelo. Patrick lo asió del cuello del abrigo, lo levantó y lo tiró contra la cerca del jardín de miss Talmage. La valla se vino abajo con un crujido, y en este momento se abrió la puerta de la casa. Un rectángulo de luz bañó el sendero de hormigón que atravesaba el césped, y en el vano se recortó la silueta de Victoria Talmage.

Mac Gibony se incorporó sobre sus tambaleantes piernas. Ya no era el gallardo oficial de policía que minutos antes se erguía ante Patrick, y estaba muy lejos de parecerse al hombre brutal que abusando de su impunidad le golpeaba sin clemencia la noche anterior.

Era en estos momentos un hombre vencido, cansado y humillado, y Patrick cayó sobre él con la furia implacable de sus puños vengadores. Le aplastó la nariz de un puñetazo, le abrió una sangrante herida en la ceja, le partió los labios, castigóle fuerte en los flancos y el estómago, y le tiró boca arriba sobre el césped con un demoledor gancho en la barbilla.

Mac Gibony cayó hecho un fardo, resollando estertorosamente como un buey reventado por la fatiga. Victoria Talmage llegó corriendo por el sendero, siendo sustituida en la puerta por la voluminosa silueta de la sirvienta negra.

—¡Dios mío! — exclamó la muchacha, reconociendo difícilmente la cara ensangrentada de Mac Gibony—. ¡Si es Lowell!

—Sí, es su valiente cuñado el policía — dijo Patrick, jadeando—. Échele un jarro de agua por encima. El se lo agradecerá.

—¿Qué ha pasado?

—Pregúnteselo a él cuando despierte — repuso Patrick, alejándose.

Subió al coche, empuñó el volante y maniobró dando la vuelta para salir de nuevo a la carretera. Si alguien le hubiese preguntado entonces a dónde iba, probablemente no habría podido dar una respuesta. Presentía simplemente que estaría más seguro alejándose, al menos hasta que se le pasara a Mac Gibony la furia por su derrota y el dolor del castigo recibido.

En el ánimo de Harkness estaba bien presente que su precaria libertad dependía de lo pronto que la señora Badminton pudiera hablar y reconocerle, y no estaba dispuesto a dejarse encarcelar de nuevo, perdiendo de esta manera toda opción a investigar sobre la muerte de Rita Talmage, hasta encontrar al verdadero asesino, que era el único que podía sustituirle en la silla Eléctrica.

* * *

Bajando por Broadway, a contra dirección del denso tráfico que trataban de encauzar policías montados a caballo, Harkness aparcó su automóvil en un rincón de Times Square, saltó a la acera y entró en la cabina de un teléfono público. Llamó primero a la oficina de Fred Jensen, pero no obtuvo respuesta. Buscó luego en el listín el número del Hospital Manhattan, y preguntó la mujer que contestó a la llamada:

—¿La señora Badminton, que sufrió anoche un accidente de automóvil? ¿Puede decirme cuál es su estado? —¿Quién llama? —preguntó la mujer.

Patrick dio un nombre y una dirección, incluido el teléfono, al azar del listín que tenía delante.

Y sólo entonces la telefonista contestó:

—La señora Badminton sigue inconsciente, con fuerte «shock» traumático. No obstante, hay razones para creer me ha superado su estado de extrema gravedad.

—Muchas gracias por la información, señorita. Soy un amigo de los Badminton. Volveré a llamar.

Patrick abandonó la cabina, montó en su automóvil y continuó por la Séptima Avenida hasta la calle Treinta y tres. Allí, frente a la ruidosa Estación Pennsylvania, tenía Jensen su cuartel general en una vieja y polvorienta oficina. Había luz detrás de los cristales, y llamó.

—¡Hombre, gracias a Dios que le encuentro! — exclamó el propio Jensen al abrir la puerta—. Hace media hora que telefoneé a su casa sin obtener contestación.

—Sólo diez minutos — repuso Patrick, entrando — No hace más que le telefoneé desde Times Square, ¿Alguna novedad?

—Creo que estamos de suerte. Milton Fitzgerald, el miembro de la banda de su hermano que nunca fue detenido, se encuentra en la ciudad desde hace un par de días.

—¿Sólo un par de días? — murmuró Patrick, preocupado por la coincidencia de su salida de presidio y el regreso del «gángster» a la ciudad.

—Ahora que le hemos encontrado, ¿quiere verle?

—Sí, si es posible.

—Sé dónde podemos encontrarle. La confidencia me costó cincuenta dólares que he cargado a su estimada cuenta. ¿Ha traído usted su automóvil? Bien, iremos en. el suyo.

Salieron, bajando a la calle para acomodarse en el auto de Patrick.

—¿Por dónde?

—Tire para arriba, hasta el Bronx.

Mientras iban Park Avenue arriba, Jensen encendió un cigarro e hizo una pelota con la funda de celofán preguntando:

—¿Cree que Fitzgerald pudo ser el hombre que se llevó el dinero?

—No.

—¿Qué? — dijo el detective, pegando un respingo.

—No creo que fuese él, pero necesito preguntársela antes de descartarle de la lista. Oiga, Jensen: ¿cree que podríamos procuramos una ganzúa para entrar en « apartamento de la señora Mac Gibony?

—Allanamiento de morada. Mal asunto — farfulló el detective—. ¿Para qué quiere usted volver allí?

Patrick confió al detective su cambio de impresiones con Victoria Talmage, aquella tarde. Luego agregó:

—Si Rita fue cómplice del ladrón, y si su remordimiento de conciencia era tan grande que deseaba confesar la verdad a alguien, como si estaba asustada y temía que el ladrón la asesinase, ¿no es natural que escribiera su confesión en algún papel que puede estar oculto en su casa?

—Dígame una cosa, Harkness: ¿estuvo usted anoche en el piso de la señora Mac Gibony, después de todo?

—Sí.

—¡Humm! — murmuró el detective, moviendo la cabeza disgustado—. Esto me gusta menos cada vez.

—Yo era el hombre que los Badminton se tropezaron al salir del ascensor. Sabrá usted por los periódicos que el hombre no me miró siquiera, pero la señora Badminton se fijó muy bien en mi cara. Por lo tanto me identificará tan pronto recobre el sentido. ¿Se da cuenta el apuro en que me hallo?

—Sí — dijo Jensen —. Y yo me veré también en un tío por ayudarle, si finalmente le condenan por asesinato.

—Yo no cometí el crimen. Tiene que creerme.

—Bueno. Ya le creo. ¿Y qué? No ha mejorado su posición por eso.

—Tenemos que desenmascarar al verdadero asesino antes que la señora

Badminton hable y me arresten de nuevo.

—Bien — dijo Jensen—. ¿Qué hay de Fitzgerald? ¿Cree que él pudo ser el asesino?

—Es el primero en la lista de sospechosos. El, al menos, sabía dónde fue a parar el dinero robado. Debió estar presente cuando, mi hermano depositó la maleta en la consigna de la estación y vino a buscarlo directamente a mi casa,

—Supongamos que fuera él, ¿tenia verdaderos motivos para asesinar a la señora Mac Gibony? ¿Qué podía importarle a él que la mujer le denunciara, si estaba a salvo fuera del Estado de Nueva York?

—Usted olvida un detalle, Jensen, El transporte de dinero robado de un Estado a otro constituye un delito castigado por las leyes federales. Por lo tanto, Fitzgerard no podría sentirse seguro en ningún Estado de la Unión si Rita Mac Gibony le denunciaba al F. B. I. ¿Comprende ahora?

—Sí. Quiere decir que Fitzgerald únicamente podría sentirse seguro fuera de los Estados Unidos, en un país donde no existiese acuerdo de extradición con la justicia norteamericana. Tiene usted razón, el detalle me había pasado por alto.

—Ahora suponga que Fitzgerald colocó sus doscientos mil y pico de dólares en un negocio que marcha viento en popa. A nadie le gusta expatriarse cuando las cosas le marchan bien en su propio país, y nuestro amigo jamás podrá sentirse tranquilo mientras pese sobre él la amenaza de una mujer histérica dominada por las drogas. No debemos excluir tampoco la posibilidad de que Rita estuviera haciendo *chantage* a Fitzgerald. ¿No forma todo esto motivo suficiente para quitarla de en, medio?

—Digamos que sí. ¿Quién es el segundo sospechoso de la lista?

—Jim Brower. ¿Sabía usted que Brower es un artista en eso de imitar la voz, las maneras y el lenguaje de una mujer?

—Le he visto trabajar un par de veces. La primera me llevé un chasco. La segunda fue un amigo que invité al club quien se quedó de piedra. Resultó muy divertido.

—Bien—dijo Patrick—, anoche una voz de mujer le llamó por teléfono invitándome a ir a su casa, o sea al domicilio de Rita Mac Gibony. ¿Pero cómo demonios puedo saber si era realmente la señora Mac Gibony bien me llamó? Yo nunca había hablado con esa mujer por teléfono. No podía reconocer su voz por un celular. ¿Lo va comprendiendo?

—¡Ya lo creo! Puesto que Brower es un perfecto imitador de personajes femeninos, él pudo telefonearle usted invitándole a presentarse en un lugar donde rabia de encontrarse con un cadáver... Oiga, Harkness. Brower le preparó esa maldita trampa a usted merece que le machaque los sesos hasta hacer con ellos puré.

—Brower conocía a Rita Talmage desde antes de ocurrir lo del robo.

Sabemos que es un tipo sin escrúpulos, puesto que se dedica a envenenar a la juventud proporcionándole esas malditas drogas. Brower, que asaba hambre y estrecheces mientras trabajaba en una compañía de variedades, súbitamente se instaló abriendo un club propio. Me gustaría saber de dónde obtuvo dinero para realizar ese milagro.

—No tardaremos en averiguarlo. ¿Pero qué pinta Mac Gibony en todo esto? ¿Por qué me encargó seguirle los pasos y husmear en su cuenta corriente? ¿Es otro de su lista de sospechosos?

—Sí. El menos sospechoso, y sin embargo aquel sobre quien me agradaría más que recayese la culpa de amos delitos: el robo del dinero y el asesinato de Rita, —¿No puede olvidar que anoche le propinó una paliza, no es eso?

—La paliza se la devolví hace apenas una hora — repuso Harkness secamente, añadiendo despacio: —Pero aun estando saldada esa cuenta, sigo aborreciéndole. Hay algo en ese polizonte que no alcanzo a definir, y me inspira una profunda repugnancia,

—Bueno — dijo Jensen —. Mucha gente que ha sido interrogada por Mac Gibony siente como usted. Estamos llegando a nuestro destino. Yo le diré por donde tiene que tirar — agregó, sacando del bolsillo un plano de la ciudad.

CAPITULO VI

—Dejaremos el coche aquí—dijo Jensen—. El más notable de los sujetos de la calaña de Fitzgerad es que se ponen nerviosos cuando un auto que no esperan se detiene ante su puerta.

Los neumáticos del «Studebaker» se metieron en un charco al arrimarse al bordillo de la acera. Patrick apagó las luces y paró el motor. Estaban en un barrio a viejas casas de ladrillo, apartamentos baratos con aspecto de colmenas, cuyas escaleras para casos de meen dio formaban un extraño y negro andamiaje de plataformas superpuestas directamente sobre la calle.

—¿Lleva pistola? — preguntó Jensen.

—No.

—Ya había pensado en ello. Aquí tiene un pequeño «bulldog» que traje de reserva. Espero que no lo utilice a menos que sea estrictamente necesario. Y aun entonces, no olvide que una pistola ha dejado de ser útil cuando se empieza a disparar con ella.

Patrick aceptó el revólver de corto y grueso cañón que le ofrecía el detective y lo guardó en el bolsillo de la gabardina.

—La casa está hacia el otro extremo de la manzana — señaló Jensen al saltar a la acera.

Patrick cerró de golpe la portezuela y siguió a Jessen a través de la calle. Luego anduvieron por la acera de su izquierda, registrando Jensen los números de la casas a la parca luz de los faroles, hasta que se detuvieren ante una sala de billar por cuyos cristales casi opacos salía un débil rectángulo de luz hasta los charcos de la calle.

—¿Es aquí?

—Sí. Entremos.

Una vaharada a cuerpos sucios y sudorosos, a humo de tabaco y a estofado les hirió en la nariz al empujar la puerta de cristales. Una docena de jovenzuelos en mangas de camisa jugaban al billar en tres o cuatro mesas hablando y discutiendo todos a la vez en voz alta y aguda. Cuatro o cinco hombres maduros jugaban en otro par de mesas, y había algunos más que simplemente charlaban en un rincón cerca de la estufa. En este último grupo se encontraba un tipo bajo y rechoncho que se destacó saliendo al encuentro de los recién llegados.

—Policía — dijo Jensen, breve y secamente—. Traemos orden de registro. ¿Dónde está Fitzgerald?

—Oigan...—empezó el hombre, pasándose la lengua por los labios.

Jensen le apartó ruda y arrogantemente a un lado y se encaminó rápidamente hacia una escalera de caracol que se veía en un rincón al fondo

de la sala. Patrick le siguió, no sin ver con el rabillo del ojo cómo el dueño de la sala hacía una breve seña con la cabeza a los jóvenes. Estos, dejando súbitamente de escandalizar, cogieron sus canadienses de cuero de las perchas e iniciaron una estampida hacia la puerta de la calle.

La escalera de caracol llevó a Jensen y Patrick hasta un rellano en el que se abrían varias puertas. Pero solamente por debajo de una de éstas salía un rayo de luz. Dentro escucharon rumor de voces y de fichas.

—Bueno, adelante — farfulló Jensen. Y sin sacar la mano del bolsillo del gabán, dio vuelta con la otra al pomo de la puerta y abrió de un empujón.

Se colaron de rondón en la pieza. Patrick paso adelante, y Jensen cerró la puerta apoyando contra el ella sus espaldas.

Había cinco hombres sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas. La brusca entrada de los intrusos hizo pegar un brinco a los dos hombres que estaban de cara a la puerta. El resto se volvió y todos quedaron paralizados por la voz de Patrick, que decía rápida y serenamente:

—No se muevan, muchachos. Sigan con las manos sobre la mesa, y probablemente nos evitaremos un disgusto...

Uno de los hombres dijo:

—¡Vaya, si es nuestro viejo amigo Wagner!

En presidio, donde raramente escapaba un recluso de recibir un mote, se conocía a Harkness por el de Wagner. Patrick, ahora, identificó al que había hablado como uno de sus antiguos compañeros de presidio, Short Kantor.

—Hola, Kantor—dijo Patrick—. Siempre me alegro de encontrar a un conocido. ¿Quieres presentarme al resto de la partida? ¿Quién de ustedes es Fitzgerald?

Un hombre retiró su silla y se puso lentamente en pie. Era alto, de unos 35 años, delgado, de ojos hundidos, labios sensuales, abultados, repulsivos.

—¿Fitzgerald? — preguntó Patrick.

—Tú eres Harkness — dijo el aludido—. Tu fotografía salió ayer en los periódicos, pero te hubiese reconocido de todas formas por tu parecido con Sterling.

—Tengo que hablar unas palabras contigo.

—Coincidencia — dijo el *gángster* con ironía—. También yo tenía ganas de encontrarte.

—Short — dijo Patrick, indicando una de las puertas del fondo, con la cabeza—. Entra con tus amigos ahí dentro y fumaos un cigarrillo mientras Fitzgerald y yo charlamos un rato.

Refunfuñando, Short hizo una seña a sus compañeros. Entraron todos en la habitación. Patrick Harkness cruzo por delante de Fitzgerald, echó la

llave a la puerta y volvióse hacia el *gángster.*

—¿Querías verme, Milton?

—Quería ajustarte una vieja cuenta, amigo. No sudaste mucho para quedarte con los doscientos cincuenta mil que nosotros sacamos de la caja de la «Compañía Moss». Quisiera saber si piensas gastarte todo el dinero tú solo o vas a dar una parte a los viejos camaradas de tu hermano.

—¿Has vuelto a Nueva York sólo por eso, Milton?

—¿Por qué si no?

Patrick Harkness observó largo rato al hombre en silencio.

—Escucha esto, Milton — dijo lentamente, mientras se acercaba a él—. A otro perro puedes irle con ese hueso. pero a mí no. Puedes hacerle creer a Lawrence que yo me quedé con el dinero, como se lo creyó todo el mundo y el jurado que me envió a presidio. Pero tú y yo sabemos que el dinero te lo quedaste tú el día que llegaste a recogerlo a mi casa y me diste un golpe por detrás en la cabeza.

La chupada cara de Fitzgerald parecía moldeada en cartón piedra.

—¿Qué treta es esa que estás inventando ahora, Harkness? — preguntó.

Patrick contestó:

—Vamos a hablar claro, Milton. Gracias a tu bonita jugada me has hecho pasar seis años de infierno en un penal, y las cosas se te dieron tan bien ayer, que estoy a punto de ser arrestado bajo la acusación de haber matado a Rita Talmage. Tú te llevaste el dinero del robo y asesinaste a la chica anoche para cerrarle la boca. Tengo una pistola en el bolsillo, Milton. Y voy a saltarte la tapa de los sesos si ahora mismo no me entregas cincuenta mil para que yo pueda coger un avión y salir de los Estados Unidos antes de que el testigo que está en el hospital recobre el conocimiento y me identifique. Porque yo estuve anoche en la casa doscientos diecisiete de South Street, pero tú te me habías adelantado cerrándole la boca para siempre a ti cómplice.

—¿Qué dices? — rugió Fitzgerald.

—Voy a darte cinco minutos para pensarlo, Milton — dijo Patrick, sacando la pistola del ¡bolsillo—. Solamente cinco minutos. Después dispararé contra tu cabeza salga lo que salga. Y al menos te habré enviada por delante al infierno, que es lo que te mereces.

—¡Oye, chico! — chilló el *gángster,* derrumbándose de pronto toda su ecuanimidad al ver que Patrick montaba el arma y levantaba el brazo apuntándole a la cabeza—. ¡Tú estás loco! No sé siquiera de qué me hablas. ¡Palabra!

Patrick se limitó a fruncir los labios y apoyar la mano libre en el respaldo de una silla, dispuesto a esperar.

Milton Fitzgerald paseó su mirada del joven a Jensen, que seguía de espaldas contra la puerta, las manos en los bolsillos del gabán y el ala del

sombrero sobre los sombríos ojos.

—Bueno — dijo Fitzgerald, que había empezado a sudar copiosamente, y distendió sus gruesos labios en uní sonrisa—. No serás capaz de disparar. No lo harás ¡Cristo, eso sería un asesinato!

—Ha transcurrido un minuto —dijo Patrick, secamente.

—¡Pero oye, explícame al menos a qué viene toda esto! —protestó el *gángster,* volviendo a sudar.

—Van dos minutos, Milton. Quiero cincuenta mil dólares o tu vida, y no me marcharé sin llevarme una de ambas cosas.

—¿De dónde mil diablos voy a sacar ese dinero? — chilló Milton—. ¿Crees que soy un potentado? ¡Por el amor del cielo, escúchame! Yo no tengo tu dinero... Siempre creí que tú lo tenías escondido para disfrutarlo cuando salieras de la cárcel. ¿Crees que hubiese vuelto a esta ciudad de no haber sido porque esperaba sacarte al menos un puñado del botín?

—Tres minutos, Fitzgerald— fue la fría respuesta de Patrick—. La cuenta se acaba.

—¡Maldición! ¿Te has vuelto loco? — rugió el *gángster*—. Está bien, renuncio a mi parte del botín, si es eso lo que buscas.

—No es eso lo que busco, Milton, y tú lo sabes bien.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! — chilló Milton, mesándose los cabellos—. ¿Pero qué voy a decirte, maldita sea? ¿Qué voy a decirte? ¡No puedo dar a esto ninguna solución!

—Cuatro minutos, Fitzgerald. Dentro de sesenta segundos apretaré el gatillo... y adiós.

Milton Fitzgerald volvió sus ojos desesperados hacia Fred Jensen. Sólo que Jensen había apartado su atención del *gángster* y tenía ladeada la cabeza, escuchando.

—Alguien viene, Harkness — dijo en voz baja. Y sacó una pistola del bolsillo—. Oigo pasos en la escalera.

Jensen se apartó de la puerta, situándose de forma que ésta le cubriese si era abierta desde fuera. Desde su sitio, Patrick no podía oír los ruidos que habían sobresaltado a Jensen, pero inmediatamente pensó en Mac Gibony y en sus malditos detectives. ¿Habría mentido el teniente y tendría agentes apostados que le siguieron después que Mac Gibony quedó vencido sobre la hierba del jardín de Victoria Talmage?

Milton Fitzgerald se había vuelto para mirar esperanzadamente a la puerta. Esta, de pronto, se vino abajo con estruendo a impulsos de una formidable patada que hizo saltar la cerradura con sus tornillos a los pies de Fitzgerald, y un tipo corpulento se precipitó dentro empuñando una escopeta de cañones aserrados. En Clyde Lawrence, y tras él, empuñando sendas pistola estaban los dos tipos a quienes Patrick había vapuleado la noche anterior.

—¡Muy bien, pollos! — rugió Lawrence—¡Os cogí a los dos!

Patrick no se entretuvo en musarañas. Puesto que tenía la mano sobre el respaldo de la silla, levantó ésta y la tiró como un proyectil contra el mismo foco con pantalla que iluminaba la habitación.

El cuarto quedó súbitamente a oscuras. Patrick saltó de costado y al suelo, una fracción de segundo antes de que brillara el doble fogonazo de los dos cañones de la escopeta. Los disparos hicieron silbar las postas a través de la habitación, a ras de la mesa y por encima de la cabeza de Harkness...

Milton Fitzgerald lanzó un grito terrible, y Patrick le oyó caer contra la mesa y luego al suelo, alcanzado sin duda por la granizada de plomo que hizo crujir los muebles y saltar en añicos los vasos y botellas de un armario próximo. La silueta de Lawrence se recortaba en el vano de la puerta, iluminado desde la escalera. El brazo de Jensen salió por detrás de la hoja de madera, asestando un golpe con el cañón de su pistola a la cabeza de Lawrence...

Clyde Lawrence se apartó tambaleándose, y Patrick disparó su pistola contra los dos hombres que se encontraban en el rellano de la escalera. Los dos retrocedieron apresuradamente.

Jensen cerró la puerta de un trompazo, poniendo una silla contra ella, mientras llamaba con voz queda:

—¡Harkness!

—Estoy aquí.

—¿Se encuentra bien? ¡Mil rayos, tenemos que salir en seguida! Me parece que ese bruto de Lawrence ha matado a Fitzgerald. Espere que encienda mi linterna.

En la habitación contigua, Short Kantor y los que estaban encerrados con él, daban patadas y puñetazos a la puerta.

—¡Abrid! —gritó una voz.

La diminuta linterna de Jensen, apenas más gruesa que una estilográfica, dejó caer un delgado rayo de luz sobre Lawrence. Luego corrió por el suelo hasta detenerse en Fitzgerald. Este tenía todo un costado del cuerpo y la cara llenas de sangre.

—¿Está muerto?

—No — repuso Jensen—, Pero sí muy mal herido. Bueno, larguémonos cuanto antes.

El detective apartó la silla de un puntapié y abrió a puerta, saliendo al descansillo de la escalera. Kantor y los suyos seguían aporreando la puerta armando un estrépito infernal.

Pistola en mano, bajaron la escalera de caracol hasta la desierta sala de billar, donde el dueño del establecimiento les miró con ojos aterrados.

—Fitzgerald está arriba malherido — le dijo Jensen sin detenerse—.

Llame a la policía y diga que traigan una ambulancia.

—¡Pero oigan! — protestó el hombre. Y salió a la puerta, gritando: — ¿No son ustedes la policía?

Patrick y Jensen iban a zancadas por medio de la calle y no se entretuvieron en aclarar las dudas del atribulado dueño del billar. En este momento dos fogonazos brotaron de la oscuridad de un portal, y dos balados silbaron por encima de las cabezas de los fugitivos. Un silbato de policía sonó en alguna parte, y Jensen, subiéndose los faldones del gabán, apretó el paso corriendo como un consumado atleta hasta que se detuvo sin aliento junto al automóvil

—Otra... otra vez... vendrá... vendrá solo a meterse... en líos... de esta clase—tartamudeó sin resuella Y se coló de rondón dentro del automóvil.

Patrick puso el motor en marcha.

—Afortunadamente llevo el acumulador recién cargado — dijo al ver que el motor arrancaba en seguida

—Encántese admirando acumuladores, y desayunaremos los dos en el calabozo — dijo Jensen entre dientes.

Patrick fue embragando y pisó el acelerador, haciendo dar la vuelta al coche. La silenciosa calle iba poblándose con ruido de silbatos, rumor de pasos y abrirse de puertas y ventanas.

* * *

El «Studebaker» cruzó el puente sobre el Harlem River, enfilando la Tercera Avenida. Patrick rompió el sombrío silencio de Jensen, preguntando:

—¿Cree usted que Fitzgerald decía la verdad al negar que supiese dónde estaba el dinero?

—Tiene usted la sangre más fría que un helado de crema, Harkness. Si se hubiese visto a sí mismo apuntando con la pistola a la cabeza de Milton, comprendería que el hombre estaba asustado y decía la verdad.

Patrick Harkness guardó pensativo silencio.

—Si es así—dijo finalmente — eso descarta a Fitzgerald como posible autor de la muerte de la señora Mac Gibony. ¿Qué me dice de esa visita que proyectamos al escenario del crimen?

—Sólo le diré una cosa — repuso Jensen sombríamente: —Si la policía ha sellado la puerta del piso, no cuente conmigo para romper esos sellos.

Poco después, Patrick desviaba su coche hacia la estación Pennsylvania para que Jensen subiese un momento a su oficina en busca de un juego de ganzúas. También trajo una potente y voluminosa linterna eléctrica y un par de guantes que dejó sobre el asiento.

Patrick volvió a conducir el automóvil, cruzando en diagonal la isla de Manhattan hasta South Street.

Al echar pie a tierra en el muelle, donde había aparados media docena de automóviles, Patrick levantó los ojos hasta las cerradas ventanas del piso octavo. Jensen e entregó los guantes y la linterna, que Patrick escondió bajo la gabardina. Luego cruzaron la calle y entraron en el patio.

El ascensor les dejó en el octavo piso sin que hubieran encontrado a nadie. La puerta del apartamento «C», contra lo que Jensen temía, no tenía sellos. Pero aun así, el detective no dejaba de refunfuñar mientras procuraba en la cerradura, una tras otra, la mayor parte de las delgadas llaves de su juego de ganzúas.

—Maldito si este me gusta lo que se dice un pellizco, lío quiero ni pensar en lo que ocurriría si alguien llegara en este momento y nos sorprendiera con las manos en la masa... Bien, esto ya está. Puede traer la linterna.

La puerta cedió a un último empujón de Jensen. Entraron, cerrando silenciosamente a sus espaldas. Patrick encendió la linterna dirigiendo el potente haz de luz en torno.

—Oiga, Fred—dijo en voz muy baja—, alguien ha andado por aquí revolviendo todo esto. No había tanto desorden anoche cuando yo llegué.

—Empecemos por el dormitorio — farfulló Jensen, cruzando por entre los muebles derribados del salón.

El haz de la linterna de Patrick se detuvo sobre un voluminoso aparato radiogramola arrimado a la pared. La discoteca del mueble estaba abierta de par en par, así como la portezuela del tocadiscos. Patrick se acercó al mueble mientras Jensen entraba en el dormitorio...

De pronto, un rayo de luz irrumpió en el desordenado salón procedente de la escalera.

Patrick se volvió, pegando un respingo, alcanzando solamente a ver la furtiva silueta de una mujer encapuchada que, ligeramente agazapada, salía con rapidez y cerraba de un portazo.

—¡Jensen, aquí! — gritó Patrick, dando un salto hacía la puerta.

Desgraciadamente, sus pies se enredaron en el cabio de la gran lámpara de pantalla y fue a dar de bruces sobre el piso. Jensen apareció empuñando su diminuta lamparilla.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sido eso?

—¡Una mujer! — chilló Patrick, dando furiosas patadas para desenredarse—. ¡Había aquí dentro una mujer y ha escapado!

Jensen se lanzó hacia la puerta, maldiciendo al tropezar con una silla. Patrick llegó antes que el detective, abrió de un tirón y salió al descansillo, óyemelos pasos precipitados de la fugitiva en la planta inmediata inferior.

—¡Yo la sigo! — gritó Patrick al sorprendido Jensen

Se lanzó escaleras abajo a toda velocidad. Pero la mujer, joven sin duda, era condenadamente rápida Cuando Patrick saltó del último escalón

al patio, la mujer había traspuesto el zaguán y cruzaba la acera corriendo como un atleta a través de la calle.

—¡No escaparás! — exclamó Patrick para sí. Y cerrando los puños se lanzó a través del patio saliendo a la calle impetuosamente.

La mujer estaba cruzando hacia el pequeño grupo de automóviles apareados junto al muelle, y comprendiendo que para escapar tendría que perder tiempo abriendo la portezuela del coche y poniendo el motor del vehículo en marcha, Patrick la consideraba ya capturada cuando algo ocurrió.

Un auto hizo brillar sus potentes luces de carretera, que bañaron por entero a la mujer. Pero de pronto, los focos barrieron la calle y se clavaron en Patrick. El se vio repentinamente en el centro de la calle, delante de la rugiente máquina que iba a precipitársele encima.

Patrick comprendió en una fracción de segundo que iba a ser atropellado y se detuvo en seco. ¡Pero el coche dobló hacia él!

Harkness saltó atrás y se tiró rodando por el asfalto, en tanto el coche pasaba rugiendo por su lado, envolviéndole en la ráfaga de aire y el vaho cálido de su motor y su tubo de escape. Tan cerca pasó, que uno de sus neumáticos pisó el faldón de la gabardina de Patrick, aplastando la linterna que éste todavía conservaba en la mano.

Nunca se había visto Patrick tan repentinamente cerca de la muerte, y la fría, espeluznante sensación que experimentó, le dejó momentáneamente paralizada, la linterna aplastada en la mano, viendo como el negro automóvil que había estado a punto de matarle hacía un brusco zigzag para esquivar el encintado de la acera y se alejaba perseguido por la roja luz de sus pilotos zagueros.

Fred Jensen llegó corriendo y se detuvo jadeando como un fuelle.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se encuentra bien?

El motor de un coche rugió, y Patrick volvió la cabeza, viendo un automóvil que, arrancando bruscamente, doblaba y se alejaba acelerando en dirección contraria a la del auto asesino.

—¡Se escapa! —rugió Patrick, poniéndose en pie sobre sus inseguras piernas.

Corrió hacia su propio «Studebaker», seguido a corta distancia por Jensen. Al llegar junto al coche, el detective le puso una mano en el brazo.

—¡Escuche, Harkness! ¿Se ha vuelto loco? — gritó.

—¡Suba, tenemos que alcanzar ese maldito automóvil!

—No diga tonterías. Ese coche se habrá perdido en el tráfico antes que usted consiga poner el suyo en marcha.

Patrick miró desconsolado hacia el lejano automóvil, que desaparecía doblando bruscamente por una calle lateral. El corazón le latía atropelladamente y las manos, le temblaban todavía. Furioso, tiró de la

manija de la portezuela y tomó asiento ante el volante.

—Suba de todos modos. Hemos armado demasiado alboroto para volver al piso… y hay algo más importante que quiero comprobar.

Jensen dio la vuelta para alcanzar el asiento del otro lado mientras Patrick ponía en marcha el motor.

—¿Dónde vamos? — preguntó, cuando Patrick hacía arrancar el coche.

—Vamos a hacerle una visita a Brower. Puede que todavía le encontremos quitándose las medias — repuso Harkness sombríamente.

CAPITULO VII

—¿Quiere decir que cree que era Brower? — preguntó Jensen, no tan preocupado por esta posibilidad como por la velocidad que iba tomando el auto.

—Estoy seguro de que era nuestro amigo Brower con una de sus hábiles caracterizaciones femeninas. Una auténtica mujer no se me habría escapado. — Patrick se interrumpió, añadiendo luego: —Bueno, tampoco se hubiese escapado a no ser por aquel maldito automóvil que estuvo a punto de aplastarme.

—¿Cree que fue intencionada la maniobra de aquel coche, Harkness? Yo llegué demasiado tarde para verlo.

—Aquel auto iba derecho contra la mujer. De pronto cambió de dirección abalanzándose sobre mí. No puedo jurar que fuera hecho de propósito. Sin embargo, no frenó ni hizo nada por evitar atropellarme, sino más bien al contrario; vino sobre mí cuando ya me había detenido. ¡Condenación! Todavía sudo al recordarlo.

Jensen guardó pensativo silencio.

—¿Quién podía tener interés en matarle? — preguntó después. Pero más bien hablando para sí mismo—. Me temo que el caso se vaya complicando más a medida que avanzamos en él. La mujer pudo ser una mujer en vez del amigo Brower en cuyo caso tendremos que dar entrada a nuevos elementos que pueden imprimir un giro completamente distinto al asunto. Por ejemplo, ¿no pudo haber otros móviles para el asesinato de la señora Mac Gibony, distintos de un encarnizado empeño por parte del asesino para cerrarle la boca a la víctima?

Patrick no contestó inmediatamente, ocupado por el momento en tomar una encrucijada sin aminorar la velocidad.

—Oiga, Fred — gruñó después malhumoradamente —. no me enrede más el asunto de lo que ya lo está. No hubo otra razón para asesinar a la señora Mac Gibony distinta de la que ya conocemos. Me había llamado para anunciarme que tenía algo que declarar respecto al robo de los doscientos cincuenta mil dólares. Y antes de que pudiese hablar la mataron.

—Recuerde que dijo usted que no estaba seguro de que fuese la señora Mac Gibony quien le telefoneó en realidad. Pudo ser Brower en una de sus afortunadas imitaciones femeninas. O pudo ser una mujer verdadera atrayéndole a una trampa cuidadosamente preparada.

—Usted olvida una cosa, Jensen. La persona que me telefoneó, fuese Brower, una mujer desconocida o la verdadera señora Mac Gibony «sabía» que yo no me quedé con el dinero. Y eso sólo podíamos saberlo dos

personas; la que de verdad escamoteó la maleta con el dinero, y yo que he pasado seis años en presidio por un delito que nunca cometí. ¿Está suficientemente claro!

—Sí — farfulló el detective—. Eso al menos está suficientemente claro. Usted no hubiese acudido a esa cita si realmente hubiera tenido el dinero.

—Pero la persona que me telefoneó sabía que yo no lo tenía, y que acudiría a cualquier cita donde se me prometiese hacer alguna luz sobre mi inocencia. Así pues, insisto en que el asesinato de la señora Mac Gibony está estrechamente relacionado con el asunto del dinero.

Jensen ya no volvió a hablar, pendiente como estaba de las audaces maniobras de Harkness para llevar su coche a una velocidad suicida por entre el tráfico rodado de los varios miles de automóviles que marchaban hacia el barrio de Brooklyn, el llamado «dormitorio» de Manhattan, a la hora en que terminaban los espectáculos de la bulliciosa Broadway.

Unos minutos más tarde, Patrick Harkness frenaba bruscamente ante el club nocturno, y sin detenerse siquiera a parar el motor saltaba a tierra y marchaba a grandes zancadas hacia el iluminado portal, seguido a corta distancia por Jensen.

El club nocturno, que al fin y al cabo sólo era frecuentado por gentes que al día siguiente tenían que madrugar para ir al trabajo, estaba casi desierto. Sólo quedaban tres o cuatro parejas amarteladas, una de las cuales bailaba en la pista al son de un «Slow» interpretado por músicos aburridos y soñolientos. Los camareros estaban mano sobre mano, y el *barman* fumaba un cigarrillo.

El *maitre,* que horas antes había atendido amablemente a Harkness cuando éste vino acompañado de Victoria Talmage, avanzó ahora al encuentro del mismo con el ceño malhumorado.

—¿Está aquí Brower? Necesito verle — dijo Patrick

—El señor Brower salió hace una hora y no ha vuelto todavía.

—Echaré un vistazo a su despacho, no sea que haya regresado sin usted saberlo.

El *maitre* avanzó, Interponiéndose en el camino de Patrick.

—Usted no va a ninguna parte, amigo—dijo secamente.

Dos fornidos muchachones vestidos de etiqueta, pero cuyo trabajo no consistía precisamente en servir las mesas, se acercaron balanceando sus fuertes puños. Jensen tocó ligeramente en el brazo de Patrick.

—¿Por qué no nos vamos, Patrick? — apuntó.

Patrick miró a los fornidos guardaespaldas de Brower y dijo:

—Bueno, quizá sea lo mejor.

—Sí — dijo uno de los matones—. Eso es lo mejor.

Los dos retrocedieron hacia la puerta, saliendo a la calle.

En este momento se detenía ante el club un automóvil negro del que se

apeó el propio Jim Brower, el cual vestía gabán y sombrero negros. Brower se detuvo a mirar a Patrick con expresión sorprendida.

—¿Usted, Harkness? No sabía que hubiese vuelto a mi local.

Patrick avanzó hasta el hombre sin despegar los labios. Bruscamente cogió a Brower por las solapas del abrigo, y tirando con. fuerza desabrochó la prenda por el expeditivo sistema de hacer saltar los botones.

—¡Oiga! —rugió Brower, furioso.

Brower vestía smoking debajo del abrigo. Patrick le soltó, y la violencia del tirón de Brower llevó a éste de espaldas contra el coche.

—¿Dónde dejó su disfraz, Jim? —preguntó Patrick.

—¡Maldita sea, Harkness! — chilló Brower—. ¿Qué significa esto? ¡Oh, mire! Me ha arrancado los botones y desgarrado mi abrigo...

—¿De dónde viene, Jim? ¿Estuvo dando un paseo por la orilla del East River, por casualidad?

—¿A usted qué le importa? Vengo de ver a Victoria Talmage...

—¿Sí? En tal caso, la señorita Talmage tendrá una coartada para usted.

—¿Coartada? ¿Y para qué?

—¿Encontró a Victoria en casa?

—No. No estaba allí. ¡Dios mío, no querrá decir que le ha ocurrido algo a ella también!

—Mire, Brower — dijo Patrick, malhumorado—. Es usted un buen actor, de manera que no tomo en cuenta ese bien interpretado aire de sorpresa. Es claro que no pudo ver a Victoria, porque no estuvo usted allí. Vamos, deme esas llaves.

Patrick arrancó de un tirón las llaves del coche, que Brower tenía aún en la mano.

—Tome, Jensen. Vea en el baúl.

El detective atrapó en el aire el manojo de llaves que le tiraba Patrick y fue a abrir el portaequipajes del coche. Brower, mirando asombrado de uno a otro, murmuró:

—Tal vez pueda ayudarles si me dicen qué es lo que andan buscando.

Patrick repuso:

—Unas ropas de mujer.

—¡Ah! —dijo Brower. Y se echó a reír.

Jensen informó viniendo de la zaguera del coche:

—No hay nada en el baúl, Harkness.

—Debí suponerlo. Al fin y al cabo, éste no es el coche en que huyó el desconocido. El otro era azul.

Brower preguntó:

—¿Qué lío se trae entre manos, amigo Harkness?

—No me llame su amigo — dijo Patrick con brusquedad, poniendo las llaves que le entregaba Jensen en la mano de Brower—. No lo soy suyo, ni

usted mío. Lo sabe muy bien. ¿Dice que estuvo en las alturas de Fort Tryon? Espero que al menos la criada de miss Talmage pueda certificarlo.

Jim Brower permaneció ante la puerta del club, mientras Patrick hacía marcha atrás y maniobraba para alejarse.

—Bien, Harkness — dijo Jensen, mientras rodaban a poca velocidad hacia Manhattan—. ¿Ha cambiado de parecer en cuanto a la identidad de la mujer?

—No sé qué pensar ahora. Aunque, desde luego, no está todavía probado que no fuese Brower.

—Déjeme en la oficina, ya que le viene de paso — dijo el detective, exhalando un suspiro de cansancio.

Cuando más tarde Patrick detuvo el coche ante el portal de la oficina de Jensen, éste preguntó:

—¿No quiero subir? Tal *vez* haya regresado alguno de los muchachos con noticias.

Aunque desanimado, Patrick siguió al detective escaleras arriba hasta el primer piso, donde Jensen tenia su oficina. Como queriendo significar el carácter permanente de aquella agencia, las luces se mantenían allí encendidas noche y día. Un hombre estaba escribiendo delante de una desvencijada máquina de escribir de los tiempos del presidente Wilson.

—Hola, jefe.

—Hola, Ramsaye. ¿Eres el primero que viene por aquí? ¿Qué novedades traes?

—Ahora le estaba preparando mi informe.

—Desembucha lo que sea de palabra y acabaremos antes.

—Bueno, pues me pasé la tarde y la noche corriendo como un galgo detrás de todas las personas que conocían bastante bien a la señora Mac Gibony, y le diré en primer lugar que es un asco tener amigos que apenas estira uno la pata van a sacar por ahí todos sus defectos y ninguna de sus virtudes. Le sorprendería saber la cantidad de gente mal pensada que hay por ahí, jefe...

—Lo sé, Ramsaye. Y como también sé lo aficionado que eres a envolver la más pequeña cosa con un montón de literatura, es por eso que prefiero no leer tu informe. ¿Qué hay en resumen, si es que realmente hay algo?

—Pues que la señora Mac Gibony no tenía muy buenos amigos, como le decía. No era una mujer decente, según he oído decir. Se hacía el amor con un tal Brower ante las propias narices de su marido, bebía como una esponja, fumaba como un lobo de mar y se drogaba por si todo esto no bastara. Su marido intentó recluirla en un sanatorio mental. Andaban en trámites con el divorcio, y hubo al menos media docena de veces que la dama se pegó contra la esquina de un mueble o el canto de una puerta.

—¿Quieres decir que se pegaba con su marido?

—Sus ojos morados empezaban a hacerse famosos. Hasta que Mac Gibony abandonó aquella vida de infierno y se fue a vivir cerca del cielo en un ático que alquiló amueblado. El apartamento de South Street lo compró Mac Gibony y lo puso a nombre de su mujer. Ahora lo heredará la señorita Victoria Talmage. ¡Ah! También deja la difunta la póliza de un seguro de vida con prima de cincuenta mil dólares, cuyo beneficiado es igualmente la hermana de la señora Mac Gibony. La póliza se la hizo uno de sus amigos, agente de una Compañía de seguros, que fue quien facilitó esta información.

—¡Cincuenta mil dólares! —exclamó Jensen. Y se volvió a mirar a Harkness— ¿No buscaba usted un móvil para el crimen?

—Si está pensando que Victoria Talmage asesinó a su propia hermana para cobrar esa póliza, le aseguro que tiene maldita la gracia su suposición, Fred — gruñó Patrick, frunciendo el ceño.

—Sin embargo, no sería un caso único en la historia del crimen. Además, todo encaja perfectamente. Rita y Victoria Talmage se encuentran en casa una tarde hace seis años, y le ven a usted por la ventana sacando puñados de billetes de una maleta. Le denuncian a la policía, pero son muchachas decididas y piensan apoderarse de aquel dinero. Rita está en cama, pero la otra es una chica fuerte y resuelta. Se esconde en el garaje, le golpea a usted por detrás y se lleva la maleta. Las dos hermanas son cómplices en el mismo delito, y se reparten el dinero. Pero sólo la mayor siente su conciencia atormentada por el remordimiento, lo que la entrega en brazos del alcohol, las drogas y el vicio más depravado... ¿Se da cuenta, Harkness? — preguntó Jensen con ojos brillantes de excitación.

—Está delirando, Fred —dijo Patrick, irritado, aunque en su interior algo cedía bajo la brutal arremetida de la duda—. Victoria Talmage no es esa clase de mujer. No...

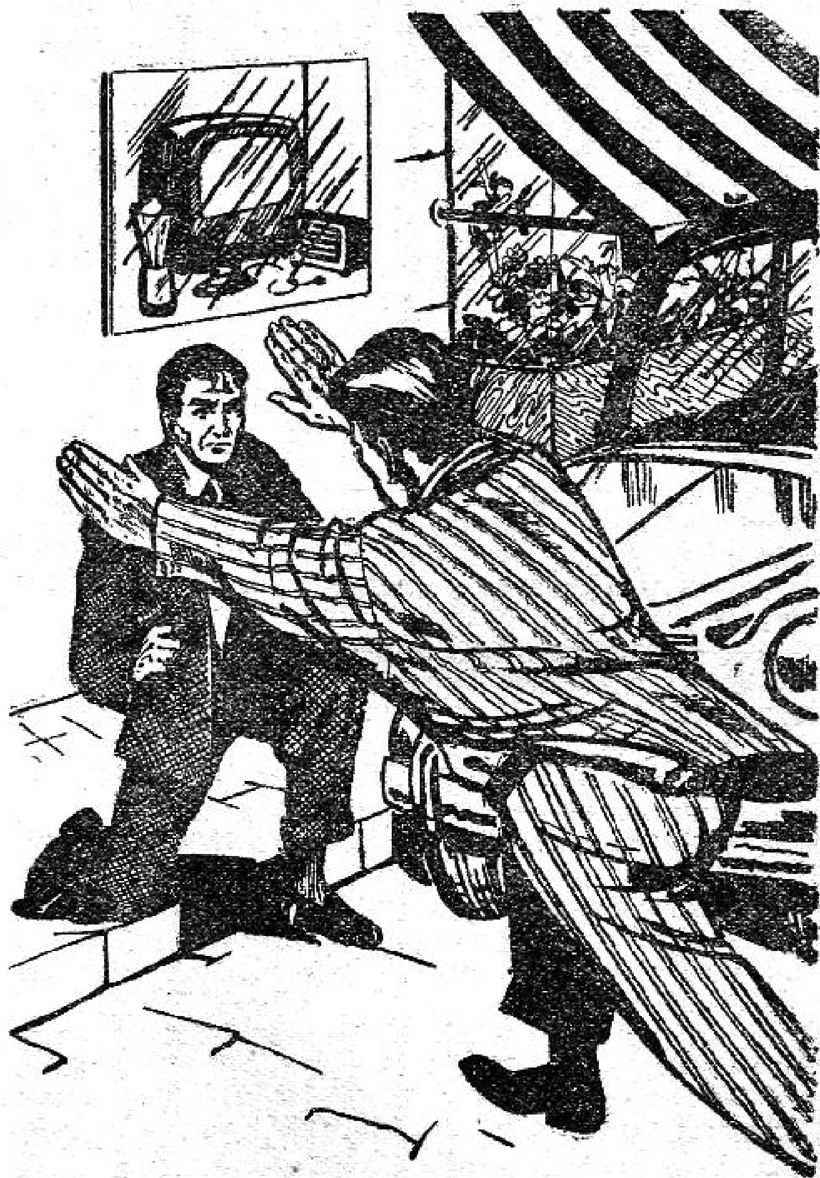
—Fíjese en esto, Patrick. Rita Talmage está viviendo bajo el peso de su remordimiento, al mismo tiempo que en el temor a ser descubierta. Piensa también que usted puede querer vengarse de ella al salir de presidio. Repentinamente, ayer, Rita se decide a hablar con usted. El dinero robado no le ha dado la felicidad y sí en cambio la ha sumido en la desesperación y la desgracia. Probablemente ha consultado antes su decisión con su hermana, puesto que la culpa recae por igual sobre ambas, y acaso Rita no se decide a confesarse culpable y arrastrar consigo a su hermana a la perdición. Victoria, hábil y resuelta, inmune a la acción corrosiva de los cargos de conciencia, comprende por el tono de su hermana que Rita está a punto de ceder y acabará confesando la verdad bajo la presión del miedo o la euforia súbita de una tremenda borrachera. A las ocho y media Victoria llega a casa de Rita. Discute con ella. Es la discusión que uno de los

vecinos escucha al pasar ante la puerta a las ocho y media. Rita, bastante borracha, coge el teléfono y le llama a usted. Ya no hay remedio. Usted llegará antes de media hora y se enterará de la verdad. Victoria lucha con su hermana, coge el casco de una botella rota y la degüella. El asesinato no fue premeditado, según se desprende de los hechos que conocemos...

—Espere, Jensen — dijo aquí Patrick, levantando una mano—. Hay algo que por lo visto usted ignora. A las ocho de la tarde de ayer, Victoria estaba en su casa espiándome desde la ventana con un par de buenos anteojos. Dos minutos después yo estaba ante ella afeándole su curiosidad, y tres minutos más tarde, cuando regresé a casa, hallé el teléfono sonando y a Rita esperándome al otro extremo del hilo para decirme que me estaría esperando en su piso de South Street. Cinco minutos después salí a pie para tomar el ferrocarril suburbano.

—Bueno, no importa—dijo Jensen animadamente—. La señorita Victoria no se encontraba con su hermana cuando ésta efectuó la llamada telefónica, y ese es todo el cambio de escena que tenemos que hacer. La señorita Victoria se encontraba entonces en su casa, pero la vio salir a pie, solo bajo la lluvia. Quizá se preguntara muy intranquila dónde podía ir usted de noche, lloviendo y a pie. Entonces, probablemente, telefonearía a su hermana. Rita, en estado de embriaguez, le diría llanamente que le había llamado a usted para contarle la verdad. ¿Y qué podía hacer en este caso Victoria, sino apresurarse a tomar su automóvil para darse una carrera y llegar al piso de Rita media hora antes que usted?

Patrick miró torvamente a Jensen, el cual concluyó:



Se tiró rodando por el asfalto...

—No le quepa duda, amigo mío. Victoria Talmage asesinó a su propia hermana. Quizá resulte imposible probarlo. Pero es fácil que si reempezáramos el caso desde este punto de vista...

—¡Cállese, maldita sea! — rugió Patrick. poniendo su puño ante los ojos del detective—. ¿No ve que ya ha conseguido hacer que dude de esa muchacha? Pero está engañado, Jensen. Victoria no pudo hacer una cosa tan horrible, primero conmigo... y luego con su hermana. Y le demostraré

que estamos equivocados, yendo ahora mismo a arreglar con ella esta cuestión.

—Perfectamente — contestó Jensen, con tono un poco agrio—. Pregúntele dónde estaba hace una hora... y qué hacía en el piso de Rita cuando nosotros nos presentamos allí de improviso.

Patrick se volvió desde la puerta para lanzarle una mirada desesperada. Luego frunció sus pálidos labios y salió.

—¿Qué le pasa a ese muchacho? — preguntó Ramsaye.

A lo que Jensen contestó suspirando:

—Creo que el pobre tonto se enamoró de esa chica... de Victoria Talmage.

Ramsaye soltó una risita irónica. El teléfono repiqueteó en este instante, y Jensen tomó el aparato.

—¿Haremeyer? — preguntó — Sí, soy Fred. Diga.

El detective escuchó en silencio con el auricular pegado al oído.

—Llámele a su casa o al teléfono de la señorita Talmage— dijo, suspirando—. Acaba de salir para allá.

Y colgó el teléfono permaneciendo extrañamente sombrío.

—¿Alguna contrariedad, jefe? — aventuróse a preguntar Ramsaye.

—No para nosotros — contestó Jensen—. En lo que a nosotros se refiere, el caso Mac Gibony ha terminado. Esa mujer que está en el hospital, la señora Badminton, acaba de recobrar el conocimiento y parece que está dispuesta a hablar. Patrick Harkness estará detenido antes de una hora, y mucho me temo que no exista en este mundo fuerza capaz de impedir que sienten a ese muchacho en la silla eléctrica.

Ramsaye dejó escapar un largo silbido, pegó un golpe en el fabulador de la máquina de escribir, y al correr el carro de ésta sonó el timbre.

CAPITULO VIII

El timbre sonó dentro de la casa, pero al impaciente Harkness le pareció que transcurría una eternidad hasta que la puerta se abrió, y Victoria Talmage apareció ante él.

—Hola, Pat—dijo la muchacha, situándose a un lado—. No hace cinco minutos estuve llamando a la puerta de tu casa. Haremeyer telefoneó preguntando si te encontrabas aquí.

Patrick pasó ante ella, deteniéndose al llegar al centro del salón. Sobre un bajo velador se veía un aparato tocadiscos abierto, y algunos discos sobra el diván. Patrick cogió una de las placas y observó leyendo el título:

—¿Te sirve de sedante para dormir la música de «jazz»? ¿Qué quería Haremeyer?

—Telefoneó para avisarte que la señora Badminton ha recobrado el conocimiento y parece dispuesta a identificarte.

Patrick se volvió bruscamente hacia la muchacha. Involuntariamente empalideció, y algo parecido a la desesperación debió pasar por la expresión de sus ojos. Ella lo vio y dijo:

—Lo siento, Pat. Haremeyer cree que no pasará una hora sin que te detengan de nuevo. Quizá…, quizá debieras aceptar el consejo de Haremeyer y huir antes de que Mac Gibony venga a detenerte. Yo tengo algún dinero. Puedo hacerte un préstamo.

—¿Sí, Vic? — preguntó Patrick con entonación irónica—. ¿Te das cuenta de que si huyera tendría que hacerlo más allá de las fronteras de los Estados Unidos? Nunca podría regresar a mi patria. ¿Es ese el porvenir que toda tu piedad y tu amor pueden depararme?

—¿Sería necesario que huyeras tan lejos, Pat? ¿No podrías marchar a otro Estado, bastando con que cambiaras de nombre?

—El transporte de dinero robado de un Estado a otro es delito federal. Y tú olvidas una cosa, Vic. La policía cree todavía que yo tengo el dinero robado a la caja de la «Fábrica Moss». Sólo el que verdaderamente robó ese dinero sabe que soy inocente. Pero el que guarda ese dinero no lo confesará nunca, Vic. ¿Lo harías tú en su lugar?

—¡Pero tú no puedes permitir que te detengan de nuevo, Pat! —exclamó la muchacha, retorciéndose las manos angustiada—. Si antes de que te instruyan luego no puedes demostrar que eres inocente de la muerte de mi hermana, la sola circunstancia de hallarte en el lugar del crimen anoche te perderá.

Patrick guardó sombrío silencio sin dejar de mirarla. Ella continuó, abatiendo sus brazos con desesperación:

—¡Si al menos pudiéramos probar que te robaron el dinero!...

—Eso equivaldría a recorrer de un solo salto la mitad del camino hacia la demostración de mi inocencia. Pero el asesino lo sabe también y está preocupado buscando esas pruebas para destruirlas. Vic, ¿es tu coche un convertible azul oscuro, por casualidad? — preguntó Patrick de repente.

—Sí — dijo ella, mirándole con sorpresa —. ¿Por qué?

—¿Fuiste tú la dama que salió corriendo del apartamento de Rita hace apenas una hora, Vic? ¿Eras tú?

—¿Cómo lo sabes? — tartamudeó Victoria Talmage.

—Estuve a punto de alcanzarte, Vic. Y lo habría hecho si un maldito automóvil negro no se hubiese abalanzado sobre mí estando a punto de atropellarme, lo cual te dio tiempo para escapar. Ahora Vic..., ¿quieres decirme qué fuiste a buscar en el piso de tu hermana?

La chica, evidentemente confundida, no contestó al instante.

—¡Si lo hubiese sabido! — exclamó. Y rio nerviosamente—. Me asusté tanto al oír que hurgaban en la puerta... ¿Quién era el hombre que iba contigo, Pat?

—Fred Jensen, el detective de que te hablé. Pero tampoco tú ibas sola, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Jim Brower estaba abajo con su coche. V apenas salí yo en tu persecución, cuando estaba cruzando la calle, Brower arrojó su auto sobre mí. ¿O es que no lo sabes?

El blanco rostro de la muchacha aparecía sorprendido.

—No sabía que Brower estuviera también por allí. En realidad fui sola al piso de mi hermana. ¿Debo entender que Brower precipitó su coche sobre ti con el deliberado propósito de matarte, Pat? ¿Pero por qué había de querer hacerlo?

—¿Por qué? — repitió Pat, exasperado—. ¿Per qué? ¡Ya estoy cansado de hacerme preguntas a las que no atino a dar una respuesta adecuada! Tú y tu cuñado... Brower... Clyde Lawrence... Milton Fitzgerald y antes tu hermana... todos me habéis escogido por víctima propiciatoria que va de un lado a otro rebotando como una pelota de «ping-pong». ¡Y esto se acabó! ¿Lo oyes, Vic? ¡Esto se acabó!

—¡Pat! —exclamó la chica—. ¿Por qué dices que j también? No creerás que yo...

—¿Que fuiste tú quien asesinó a tu hermana? No Vic. No quiero creerlo. Y, sin embargo, tú pudiste hacerlo también. Tenías tus móviles como cada uno de nosotros. Y tuviste la oportunidad. ¿Qué hacías espiándome con unos prismáticos la tarde que regresé a mi casa, vamos a ver?

—¡Pero Pat! —protestó la muchacha con lágrimas en los ojos—. Tú no

puedes creer que yo... ¡Dios mío es horrible!

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Cómo quieres que conteste a tu pregunta? — gritó Victoria, haciendo crujir los nudillos de sus nerviosas manos—. Te espié..., porque sentía curiosidad por saber cómo reaccionarías al volver a tu casa. Si estabas furioso contra nosotras... ¿qué sé yo? No estaba tranquila, eso es todo.

—No es mucho, Vic. Pera vamos a otra pregunta. ¿Qué fuiste a buscar esta noche al piso de tu hermana? ¿Pruebas, tal vez? ¿O simplemente fuiste allá dejándote llevar por esa fascinación que, según se asegura, sienten los asesinos por el lugar de su crimen y siempre les hace volver allí?

—¡Patrick, no consiento que me hables así! —chilló la muchacha. Y esta vez no pudo evitar que las lágrimas llenaran sus furiosos ojos.

—Tampoco esta vez contestas a lo que pregunta, Victoria.

—¡Oh! ¿Crees que eso basta para denunciarme coma asesina de mi propia hermana, no es así? Muy bien, estúpido. ¡Fui allí a buscar pruebas, en efecto! ¡Pero no que pudieran perjudicarme a mí!

—¿Eran pruebas en contra mía quizá?

Victoria Talmage dio la vuelta al diván y se dejó caer en él desalentada.

—No —negó con voz débil, que luego fue haciéndose más vigorosa a medida que hablaba—. No podía creer jue fuesen pruebas en contra tuya, ya que Rita debió prepararlas mucho antes de que tú salieras de presidio, fui a recoger estos discos. Esta noche, después que le llegaste a Mac Gibony y después de su marcha, recordé algo que Rita me había dicho varias veces... Era extraña la obsesión de Rita en que iba a morir pronto. Parecía tan segura de ello, que suscribió una póliza de seguros por valor de cincuenta mil dólares pensando dejarme algo a su muerte. Varias veces me dijo: «Cuando yo muera, Vic... mi piso será tuyo con todo lo que hay en él, incluidos les muebles y mi colección de discos». Rita, por supuesto, conocía mi afición a la música, tanto moderna como sinfónica. Pero ella no era lo que se dice una apasionada de la música, aunque había sido cantante. Su colección de discos no era muy selecta que digamos, y yo se lo había echado en cara algunas veces cuando la visitaba en su piso de South Street. Era extraño que Rita pensase hacerme un gran regalo dejándome aquellos discos..., pero no pensé en ello hasta esta noche. Fue entonces cuando se me ocurrió que Rita podía haber dejado un mensaje grabado en un disco. Y aunque la idea parecía bastante absurda, fui a su piso para sacar su colección de discos de allí. ¡Pat, tienes que creerme!

—¿Son estos los discos? — preguntó Patrick, sombríamente, señalando los que estaban sobre el diván.

—Sí, estos son. Y hay algo que noté y que quizá fuera causa de que Mac Gibony pensara inmediatamente en ti como presunto autor de la

muerte de Rita. La gramola estaba abierta, y la placa que se hallaba sobre el giradiscos era precisamente una composición tuya, «Hojas sobre el asfalto». Mac Gibony debió ver ese disco allí cuando descubrió el cadáver de Rita y la correspondencia que debió hacer entre el autor de la melodía y el asesino de Rita debió ser inmediata y lógica.

—Seguramente debió ser así. ¿Has probado todo» esos discos?

—No, pero iba a hacerlo. Hay uno, en especial, que puede indicar algo. Este. Como podrás observar, no tiene etiqueta alguna donde figure el número ni el título de la composición —. Victoria Talmage tomó y mostró a Patrick un disco que no difería en nada de los demás, excepto porque le faltaba la correspondiente etiqueta central.

—Muy bien—dijo Patrick esperanzado—. Ponlo en la máquina y escuchémoslo. ¿Crees que pueda ser alguno que tu hermana grabara con su propia voz en una de esas casas que se dedican a grabar felicitaciones y cosas parecidas?

—Si Rita quiso dejarme un mensaje, probablemente lo hizo de esta forma.

Patrick guardó silencio mientras la muchacha colocaba la placa sobre el giradiscos y ponía en marcha el aparato. Siguieron breves segundos de ansiedad mientras la aguja se deslizaba por los primeros surcos sin grabar. Luego se escuchó una melodía, y Patrick pudo reconocerla a los primeros compases. Era su famosa composición «Hojas sobre el asfalto».

El hombre, entonces, hizo un ademán de profunda decepción. Victoria le indicó que aguardase con un gesto, y Patrick así lo hizo. Permaneció allí de pie, silencioso y tratando de hallar con angustia una salida al maldito callejón en que estaba metido.

La música sonaba en tono discretamente bajo, y Patrick repasaba una vez más, mentalmente, la lista de los sospechosos. Con el pensamiento tachó de la relación los nombres de Lawrence y Fitzgerald. La culpabilidad de Brower no había quedado suficientemente probada en ningún caso, y Victoria Talmage sólo entró a formar parte de los sospechosos a última hora. Patrick estaba generosamente dispuesto a excluir a Victoria de la lista también. ¿Pero y Mac Gibony? ¿Qué sabía él de Lowell Mac Gibony?

«Hojas sobre el asfalto» terminó, y Victoria Talmage paró la máquina para levantar el disco.

—Veremos en el reverso — dijo—. Es otra composición tuya, «Cuando vuelva la primavera».

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo, Vic — dijo Patrick, desalentado—. Dime: ¿conocía tu hermana a Lowell Mac Gibony hace seis años, cuando ocurrió lo del atraco a la caja de la «Fábrica Moss?»

—Sí — repuso la muchacha distraídamente, dejando caer la aguja con cuidado sobre el disco que ya estaba girando—. Creo habértelo dicho. Fue

precisamente a Lowell a quien Rita telefoneó en primer lugar después de verte por la ventana sacando fajos de billetes de la maleta.

—¡Oh! —exclamó Patrick—. Eso nunca me lo habías dicho, Vic.

—¿De veras? Bueno, no tiene importancia, creo yo. Rita, según supe luego, telefoneó al Precinto de policía y preguntó en primer lugar por Lowell Mac Gibony. Pero Lowell no estaba de servicio aquella tarde. Rita, que había llamado a Lowell para confiarle sus sospechas, decidió de todos modos dar el parte al policía que se puso al teléfono. El policía era el teniente Mumford, que fue quién vino y te detuvo.

El disco estaba girando y desgranaba las melódicas notas de la romántica composición de Patrick, «Cuando vuelva la primavera». Patrick sometía su cerebro a un intenso esfuerzo mental. Y así como Fred Jensen había urdido la trama del robo y el asesinato alrededor de la posible participación de Victoria Talmage, igual hizo ahora Patrick tomando como presunto culpable a Lowell Mac Gibony. ¡Y las piezas encajaban también perfectamente en el problema!

Esto, sin embargo, desanimó a Patrick en vez de alentarle. Tal como probablemente ocurrieron las cosas, cualquiera de los sospechosos pudo ser cómplice de Rita y a la vez autor de la muerte de ésta; Brower, Victoria y Mac Gibony. ¿Era el culpable uno de los tres? Bueno, también podía ser cualquier otro hasta entonces fuera de la lista de sospechosos.

La única que podría decirlo era la propia Rita Talmage si continuase viviendo... o si, aun muerta, hubiese dejado un mensaje escrito o verbal denunciando su propia participación en la sustracción de los doscientos cincuenta mil dólares y la del cómplice que la amenazaba de muerte. Y aun para esto, debía ser cierta la participación de Rita, lo que al fin y al cabo tampoco estaba demostrado...

Patrick volvió su atención a Rita Talmage, a la extraña forma de conducirse, a lo que de ella sabía por Victoria, por Brower y por los hombres de Fred Jensen.

La forma de conducta de Rita había variado indudablemente a partir del día en que él fue encarcelado, acusado injustamente de haber retenido el dinero sustraído de la caja de la «Compañía Moss». Rita había cometido un error, a partir del cual empezaron a torcerse sus pasos hacia el trágico fin que ella parecía presentir. Y este error pudo ser haberse quedado con el dinero desaparecido, pero pudo ser también de índole puramente sentimental.

¿Por qué no se casó Rita con Jim Brower, si le quería según todo parecía demostrar? ¿Por qué se casó con Lowell Mac Gibony?

«Cuando vuelva la primavera» había terminado también, y Victoria levantó la aguja y detuvo el aparato profunda y evidentemente decepcionada.

—Me equivoqué — dijo a punto de echarse a llorar —. Estaba segura de que Rita había impresionado este disco con su voz.

—Dime una cosa, Victoria: ¿por qué se casó tu hermana con Lowell Mac Gibony?

—Es algo que nunca he podido comprender — repuso Victoria—. En un tiempo creí que fue una especie de fuga de Rita para no ceder a la tentación de casarse con Brower. Rita, como te dije esta noche, era una chica muy ambiciosa. El porvenir que le aguardaba casándose con Jim no era ciertamente muy atractivo...

—No lo era mucho más casarse con Mac Gibony. El sueldo de un policía es más bien corto.

—Sí. El sueldo de un policía no es muy grande, y Lowell sólo era sargento por aquel entonces.

—Vic, ¿no pudo ser Mac Gibony el personaje de quien Rita tenía miedo?

—Estoy segura de que Rita le temía a su marido. Sin embargo, esto es natural si admitimos como cierto que Rita estaba complicada en la desaparición del dinero. Como policía, la carrera de Mac Gibony hubiera sufrido un serio descalabro si Rita, es decir, su esposa, se hubiese confesado culpable de ese delito. Lowell pudo haberlo sospechado. Y realmente, si Rita lo hizo, no comprendo cómo Lowell no llegó a recelar de ella jamás. Eso, a menos que...

—¿A menos qué, Vic? —preguntó Patrick con ansiedad—, ¿Quieres decir, a menos que Mac Gibony fuera el maldito cobarde que me golpeó por detrás y me quitó la maleta, para hacerme condenar y pasar seis años en presidio?

Victoria Talmage no contestó. Pero miraba a Patrick, y sus ojos estaban muy brillantes.

—Ciertamente, Vic—dijo Patrick pesaroso—, no sé cómo no me he preocupado más de Mac Gibony. El tuvo las mismas oportunidades que los otros, y acaso alguna más si, como es de presumir, tenía una llave del piso.

Su ensañamiento conmigo... aquella su brutalidad para hacerme confesar que había estado en South Street y en el lugar del crimen, sólo tenían al parecer una razón de ser. El sabía que estuve allí. Me vio o supo que iría. ¡Fue él quien me preparó aquella trampa, Vic dejó la puerta entornada para facilitarme el camino... ¡Oh, fue muy amable el maldito! Todo lo que necesitaba era demostrar que yo había estado allí, para cargarme el delito. Por eso me golpeó brutalmente. Y fue cuando supo que la señora Badminton me había visto cuando desistió repentinamente de acosarme, tranquilo como estaba y seguro de que la mujer podría reconocerme. Demasiada insistencia por su parte pudiera haber resultado sospechosa a la postre. ¡Pero él habría encontrado alguna otra forma de

hacerme confesar que estuve en el lugar del crimen, si la señora Badminton hubiese muerto!

Patrick se detuvo, sopesando cada aspecto de aquel intrincado asunto. En realidad, a él le hubiese resultado imposible demostrar que no estuvo en South Street si, por ejemplo, su auto no hubiera resultado falto de la indispensable batería para ser utilizado. El teniente Mumford, al encontrar caliente el motor del auto y ver las rodadas húmedas de los neumáticos en el piso seco del garaje, habría aportado un testimonio irrefutable de que él estuvo fuera aquella noche, lejos de su casa.

—¡Maldición, Vic! —exclamó de pronto, pegándose un puñetazo en la rodilla—. Ahora lo veo todo muy claro. Mac Gibony sabía que yo había de presentarme en el apartamento de Rita anoche. El estuvo allí antes que yo y poco después de haber salido Jim Brower. Es evidente que si Rita ya estaba ebria cuando Brower llegó, lo estaría mucho más al presentarse Mac Gibony poco después. Quizá Rita encontrara en el alcohol el valor que necesitaba para llamarme a mí primero, y para decirle a su marido en plena cara que me había llamado y me estaba esperando para confesar toda la verdad de lo ocurrido respecto a la maleta del dinero. Si Rita se lo dijo, Mac Gibony debió verse frente a la ineludible alternativa de matarla. Discutieron los dos, y esa fue la disputa que un vecino de la casa escuchó al pasar por delante del apartamento alrededor de las ocho y media. Mac Gibony se encontró de pronto ante el cadáver de Rita degollada, y reaccionó rápida y lógicamente estableciendo los hechos que habrían de llevarme a mí a. la silla eléctrica. Borró sus huellas digitales y salió dejando la puerta entornada. Volvió a la calle y esperó que yo llegase de un momento a otro...

—¡Dios mío, Pat! —exclamó Victoria horrorizada.

Patrick continuó sin hacer caso de la interrupción, ni darse cuenta tampoco de que la muchacha había palidecido intensamente y miraba con fijeza detrás de él.

—Me esperó en la calle para subir inmediatamente detrás de mí y sorprenderme en el escenario del crimen. Pero Mac Gibony no había contado con un incidente que pudo haber echado por el suelo su diabólico plan. Mi coche no tenia batería, y por lo tanto no pude servirme de él para llegar a South Street. Tuve que hacerlo utilizando el suburbano, lo que retrasó en casi media hora mi llegada. Mac Gibony no pudo esperar tanto y probablemente se marchó para volver más tarde y encontrarse con que yo ya había estado allí y me había marchado. ¡Eso fue lo que ocurrió, Vic! ¿Te das cuenta?

Patrick miró entonces a la muchacha, descubriendo la fijeza de los ojos de ésta en algo que estaba detrás de él. Patrick se volvió como picado por una avispa... encontrándose ante Lowell Mac Gibony, que le miraba

sonriendo cruelmente cerca de la puerta de la cocina por donde al parecer había entrado en la casa.

En el ancho rostro de Mac Gibony estaban todavía impresas las huellas de los golpes que Patrick le había propinado aquella misma noche. Y había además una expresión de diabólica astucia que hizo que el color se escapara del rostro de Harkness.

—¡Mac Gibony! — exclamó —. ¡Usted!

El detective, las manos metidas en los bolsillos del gabán, se acercó lentamente. Sonrió.

—Tuve que escuchar involuntariamente lo que decías, Harkness... y créeme que me maravillo de tu extraordinaria agudeza. ¿De veras piensas que yo asesiné a mi mujer? ¿O simplemente estabas estudiando en voz alta el papel que repetirás como un papagayo cuando te conduzca de nuevo al precinto de policía?

—El diablo le lleve, Mac Gibony—rezongó Patrick entre dientes—. Yo sé, y usted lo sabe tan bien como yo, que no maté a su esposa.

—La señora Badminton recobró el conocimiento hace apenas media hora y pudo reconocerte en una fotografía fácilmente, Harkness. Te diré una cosa, y es que estás listo. Ni siquiera es necesario ya qué admitas que estuviste en el piso de Bita, pues existe un testigo que te vio. Con eso y tus antecedentes penales, sobra y basta para que te sienten en la silla eléctrica.

—Quiere decir para que me sienten en la silla en lugar de usted, que es el verdadero culpable, ¿es eso, teniente? —preguntó Patrick.

Lowell Mac Gibony se echó a reír.

—Por Dios, muchacho — dijo sardónico—. ¿Creerás que soy tan tonto que voy a confesarme autor de un asesinato en presencia de Victoria? Tú mataste a Rita. Y de igual forma que negaste siempre haberte quedado con los doscientos cincuenta mil que robó el granuja de tu hermano, andarás los últimos treinta pasos fatales hasta la silla eléctrica repitiendo que eres inocente de este crimen.

Sin embargo, te achicharrarán, Harkness. Nadie podrá evitarlo.

—¡Canalla! — rugió Patrick, dando un paso adelante.

El policía sacó la mano del bolsillo del gabán y le encañonó con una pistola. Y no fue tanto la presencia del arma que le apuntaba como el brillo asesino de las pupilas de Mac Gibony lo que detuvo a Patrick en el momento de ir a precipitarse sobre él.

—Si la espera basta que te formen juicio y se cumpla la condena, te parece demasiado larga, Harkness, puedo hacerte un favor matándote ahora mismo. Puedo hacerlo si intentas escapar o abalanzarte sobre mí.

—Yo diría más bien que preferiría usted esto último, Mac Gibony. Matándome ahora se eliminaría el juicio, y con el juicio, el riesgo de que de una forma u otra resplandeciese la verdad — dijo Patrick.

Inesperadamente, Victoria Talmage hizo algo. Bruscamente empujó el velador sobre el que estaba el tocadiscos, y el aparato cayó al suelo con enorme estrépito. Mac Gibony volvió el rostro para mirar hacia Victoria, y este fue el momento que Patrick aprovechó para arrojarse como un rayo sobre el policía.

El violento golpe tiró a Mac Gibony al suelo, y la pistola se disparó contra el techo.

Harkness no sólo había empleado parte de su tiempo libre en presidio practicando la lucha libre americana como deporte. Su situación era desesperada, y esta desesperación ponía dinamita en sus puños. Sujetó con una mano la muñeca de Mac Gibony, y con la otra libre le asestó un puñetazo en la barbilla.

El detective cayó hacia atrás, y doblándole el brazo, Patrick consiguió que soltase la pistola. Mac Gibony soltó en efecto el arma, pero volviéndose con rapidez asestó un golpe de antebrazo a Patrick que tiró a éste contra un sillón. El policía saltó sobre él, mas detenido por los pies de Patrick salió disparado como un proyectil a través de la habitación para ir a estrellarse contra un mueble.

Patrick le siguió, hasta allí, y cuando el policía arremetió, le detuvo con un directo a la nariz seguido de un gancho de izquierda que lo lanzó rodando como una peonza contra una mesilla funcional que se hundió con formidable estrépito.

—¡Quieto, Harkness! —ordenó una voz perentoria detrás de Pat.

El joven se volvió, encontrándose ante el teniente Mumford, que le apuntaba con una pistola. Detrás de Mumford, otro detective avanzó y metió el cañón de su revólver en el estómago de Patrick.

—Levanta los brazos, chico.

Patrick obedeció, y el detective le cacheó rápidamente.

—No sabía que usted hubiese venido con Mac Gibony, teniente.

El detective se incautó del arma que Jensen había dado a Patrick aquella noche. Luego fue a recoger la pistola de Mac Gibony, que estaba en la alfombra.

—No vine con Mac Gibony — repuso Mumford—. Acababa de llegar cuando oímos el disparo. Está usted detenido, Harkness. La señora Badminton volvió en sí hace un rato y le identificó por medio de una fotografía. Hola, Lowell — dijo el teniente, mirando a Mac Gibony, que se levantaba penosamente echando sangre por la nariz—. No sabía que te me hubieras anticipado. El caso Harkness es mío. ¿Quién te mandó venir?

—Yo no necesito que nadie me envíe a detener un asesino — repuso Mac Gibony sordamente, a través del pañuelo con el que se taponaba la sangrante nariz—. Ponedle las esposas a ése y vámonos.

—Teniente Mumford—dijo Victoria Talmage, poniéndose en pie—,

¿me concederá sólo cinco minutos para escuchar un disco antes de llevarse a Harkness?

—¿Qué significa eso? —gruñó ¡Mac Gibony, volviéndose—. ¿Estás tan contenta que quieres despedir a tu amigo con una marcha militar?

—Tú sabes que no, Lowell — repuso la chica con pupilas relampagueantes—. Estuve esta tarde en el doscientos diecisiete de South Street y saqué de allí algo que creo que puede aclarar el misterio de la muerte de mi hermana Rita.

—No hay tal misterio. Harkness lo hizo — gruñó Lowell sordamente.

—Espera, Lowell — dijo el teniente Mumford, mientras el detective esposaba a Harkness—. Si la señorita Talmage tiene alguna prueba que aportar al esclarecimiento del caso, mi deber es incautarme de esa prueba también. ¿Ha dicho usted algo respecto a un disco, miss Talmage?

—Sí, señor Mumford. Esta noche fui al domicilio de mi hermana y saqué de allí su colección de discos. Rita me encareció mucho que lo hiciera antes de morir.

—¿Qué mil diablos significa esto? — rugió Mac Gibony, avanzando en dirección a la muchacha.

Mumford avanzó también resueltamente, cortándole el paso a su colega. Este le miró furioso

—¡Escucha esto, Mumford! —rugió—. Si la señorita Talmage posee una prueba cualquiera, puedes apostar que no se trata de una prueba contra Harkness, sino a favor de él. ¡Y nuestro deber no es facilitar al acusado pruebas en su descargo, sino solamente aquellas que puedan demostrar su culpabilidad!

—Esa es tu forma personal de interpretar la Ley, Lowell — repuso el teniente con firmeza—. He seguido de cerca tu carrera y te conozco. Eres de los que creen que la policía está solamente para proporcionar un reo al Jurado, tanto si el acusado es inocente como culpable del delito de que se le acusa. Ciertamente, la Ley no nos obliga a ayudar a Harkness. Es cosa de su abogado aportar las pruebas que en defensa suya sea capaz de conseguir. Sin embargo, Lowell, te conozco lo bastante para saber que serías capaz de destruir cualquier prueba que pudiese servir para salvar a Harkness, solamente por proporcionar a la Justicia un reo que responda de un delito, sin importarte mucho si ha cometido ese delito o no.

—Si admites que nuestro deber no nos obliga a ayudar a Harkness a aportar las pruebas de su inocencia, estás conmigo en que no nos importa cuál sea la prueba que Victoria posea en este momento a favor de este sujeto.

—Si esa prueba puede ayudamos a detener e inculpar al asesino de tu mujer, es mi deber apoderarme de ella. Y voy a decirte algo más, Lowell. Si cualquier prueba que la señorita Talmage esté dispuesta a aportar, no

sirve al menos para establecer la inocencia de Harkness, estoy dispuesto a dimitir mi cargo y empleo, y dedicarme a vender periódicos..., aunque sólo sea por perderte de vista a ti y a tus sucios medios de procurarte reos a cualquier precio. Voy a decirte algo que siempre deseó decirte. Nunca creí en la culpabilidad de este muchacho por lo de la desaparición de aquel dinero, y ahora me cabe la seguridad de que es inocente de aquello y de la muerte de tu mujer.

—Entonces—dijo Mac Gibony con el rostro verdoso—quizá puedas presentarnos al verdadero culpable.

—Creo que lo haré más pronto o más tarde, Lowell. Y si no eres tú ese culpable, desde ahora tienes mi palabra de que renunciaré a mi empleo admitiendo con eso que has sido más listo que yo.

Las últimas palabras del teniente Mumford cayeron como una bomba en aquella desordenada habitación. Mac Gibony, respirando entrecortadamente, hizo una mueca que sólo de lejos trataba de remedar una sonrisa. Mumford hizo una seña a Victoria.

—Oigamos ese disco, miss Talmage.

La muchacha miró a Patrick, y éste le devolvió una mirada de estupor. Ella le sonrió animosamente, y mientras el detective que acompañaba a Mumford le ayudaba a poner derecho el tocadiscos, habló. Dijo:

—Hemos sido unos tontos, Pat. La declaración de Rita está aquí, pero no supimos descubrirla en seguida. Si el disco que no tiene etiqueta es tu melodía «Hojas sobre el asfalto», es que hay otro disco igual a ese o que lleva al menos ese título. Pero a mí me parece un absurdo que Rita comprara dos veces ese mismo disco. Lo que debió hacer fue esto: grabó un disco con su propia voz, mas para que su marido no pudiera recelar de un disco sin etiqueta si lo encontraba por casualidad, despegó cuidadosamente la etiqueta de tu disco Y LA PEGO EN EL DISCO QUE ELLA IMPRESIONO. Por lo tanto, la placa que estaba en la gramola, tiene que ser el que contiene su confesión. Eso... o estoy equivocada y jamás podremos probar que fue Lowell Mac Gibony quien te quitó el dinero y anoche asesinó a mi hermana.

Patrick miró a Mac Gibony, que estaba demudado y no perdía de vista los movimientos de las manos de la muchacha al poner la placa mencionada sobre el giradiscos. La aguja reproductora cayó sobre el primer surco del disco, y Patrick rogó a Dios porque Victoria no estuviese equivocada...

¡Pero los primeros sonidos que salieron del altavoz eran las conocidas notas de los primeros compases de su melodía!

Lowell, de pronto, soltó una risotada. Y siguió riendo. Rio con locas y nerviosas carcajadas mientras el aparato seguía tocando aquella maldita melodía. Era curioso y amargo, pensó Patrick Harkness, que una

composición suya que siete años atrás le encumbrara a la fama de compositor, sirviera en este momento para destruirla y sumirle en la desesperación del reo que ve pender sobre su cabeza la cuerda de la horca.

A excepción de Mac Gibony, para quien el inocente contenido de aquel disco constituía un evidente alivio, el efecto fue desastroso para todos los demás.

Mumford abrió la boca, y su barbilla cayó desencajada como hombre que ha recibido un golpe mortal e inesperado. Los bellos ojos de Victoria se volvieron hacia Patrick llenos de desesperación. Y el propio Patrick, destrozado por los nervios, sintió que las rodillas se negaban a sostenerle. Hasta el detective que le había esposado dejó traslucir su amarga y profunda decepción.

—¡Muy bien, Mumford! — rio Mac Gibony, recogiendo una lágrima con el dorso de su mano—. ¡Te has lucido esta vez, amigo mío! Y no creas que voy a olvidar tu promesa de abandonar el cuerpo de policía si perdías esta apuesta.

Mumford, sin color en el rostro, miró con odio a su colega y luego con desencanto a la chica.

—Ya puede parar ese disco, miss Talmage. Tanto como el señor Harkness le agradezco sus sinceros y buenos deseos, porque también yo creo en su inocencia. Desgraciadamente...

—Espere todavía —dijo con voz estridente la chica, ya casi sin poder contener su llanto—. ¡Usted me concedió cinco minutos!

—Admitamos que dimos un resbalón, miss Talmage... ¡y pare de una vez esa maldita música! Vámonos, Harkness. Lo siento sinceramente... por los dos.

Patrick hizo un movimiento con los hombros, disponiéndose a seguir a los policías.

De pronto cesó la música. Y tras el raspado característico de la aguja a su paso por un surco sin grabar, una voz clara y bien timbrada brotó del altavoz:

—«Hola, Vic, hermanita... Te habla Rita, tu hermana...»

Los cuatro hombres se detuvieron en seco, como clavados al suelo por la sorpresa. Y todos a una, se volvieron en redondo mirando al diabólico aparato que tan fielmente reproducía la voz de la difunta.

—*«Espero que entenderías mi deseo que algunas veces te insinué, y que hayas recogido este disco por el que te mando mi último mensaje... Si las cosas ocurrieron como me temo, esto significa que encontré la trágica muerte que espero. Y, en consecuencia, este mensaje mío será como mi voz de ultratumba, que vuelves a escuchar quizá cuando haya pasado mucho tiempo desde mi muerte... en cualquier memento en que casualmente hayas colocado este disco para escuchar esa bonita melodía de nuestro antiguo*

vecino, el joven señor Harkness»...

La voz hizo una pausa, y Patrick Harkness se volvió a mirar al teniente Mumford. El color volvía al rostro de éste, cuyos ojos lucían como brasas, fascinados al parecer en el girar y girar de aquel disco bajo la aguja reproductora.

—*«.Bien, Vic* — continuó diciendo la voz de la difunta—. *Puesto que preparé este disco para hacer mi póstuma confesión, voy a decirte algo que sin duda te horrorizará. He hecho poner un poco de música al principio de este disco por si caía en las manos de Lowell... solamente para despistar. Lowell detesta cualquier clase de música... Bien, voy a hablarte precisamente de Lowell... y de mí. Hay algo que nunca has sabido, y es que yo soy la culpable de que nuestro vecino, el joven señor Harkness se encuentre en presidio, pagando por un delito que no cometió. No sé todavía, ni puedo comprender, cómo tuve el valor suficiente para mantener mi declaración en el juicio. Bien es verdad que no cometí perjurio alguno al asegurar que le había visto sacando puñados de billetes de una maleta. Eso es justamente lo que vi, y nadie me preguntó riada más. Si me hubiesen obligado a afirmar bajo juramento que ignoraba el paradero de aquel dinero, quizá no hubiera sido capaz de llevar más lejos mi mentira. ¡Oh, es horrible, Vic... pero yo sabia ya entonces dónde estaba aquel maldito dinero! La cosa ocurrió exactamente así... y ojalá esto sirva para exonerar al señor Harkness de toda culpa. Yo le vi sacando aquellos billetes. Había visto también el retrato de Sterling Harkness en el periódico de la tarde. Nosotros conocíamos a Sterling Harkness, y después que me recuperé del asombro de saber que era el autor del robo a la «Fábrica Moss», establecí la debida correspondencia entre aquel robo y el dinero que acababa de ver en manos de Patrick Harkness... Ya sabes cómo telefoneé al precinto de policía preguntando por Lowell Pero Lowell no estaba de servicio. Llegó a casa poco después de haber yo telefoneado. Subió y le dije muy excitada lo que creía haber descubierto. Mac Gibony se sintió inmediatamente interesado. Dijo que si nuestro vecino tenía aquel dinero, era cosa suya ir a detenerlo sin esperar a que llegaran otros policías. Y allá fue, en efecto. El señor Harkness abrió la puerta y yo vi desde la ventana cómo Lowell corría a esconderse en el garaje. El señor Harkness salió con la maleta y entró en el garaje también... Bueno, poco después vi salir a Mac Gibony con la maleta. Cruzó el camino y entró en nuestra casa. Subió a mí habitación y abrió la maleta sobre mi cama. «¡Cuánto dinero, Lowell!», exclamé yo, o alguna cosa parecida. Y él contestó mirando amorosamente aquel dinero: «¿No es una lástima devolverlo, Rita, después que de todas formas ya ha sido robado»... En fin, Vic... fue en aquel momento cuando decidimos quedarnos con el dinero...»*

La voz de la difunta se interrumpió, porque el disco terminaba allí, al

menos en su primera parte. Victoria Talmage detuvo el aparato para darle vuelta al disco, y Mumford se volvió a mirar a Mac Gibony.

—¡Todo eso es falso! — rugió Lowell con la faz cerúlea—, ¡Nunca se podrá probar que yo robara realmente ese dinero! Además, las confesiones grabadas en discos o cintas magnetofónicas carecen de valides ante las leyes... ¡No me podrán juzgar solamente pollo que dice ese maldito disco!

—Querrás decir que no se te podrá inculpar por la confesión grabada en un disco, Lowell — repuso Mumford pacientemente—. En cuanto a su validez como denuncia, puede ser suficiente para que se emprenda una investigación. Y habrá muchas cosas a las cuales no podrás responder, Lowell, tales como justificar la procedencia del dinero que tienes en tu cuenta corriente... el dinero que invertiste en la compra del piso de Couth Street y tantas otras cosas que un policía como tú y como yo no podemos hacer con nuestro miserable sueldo. Y luego, Lowell... veremos cómo respondes del empleo de cada uno de tus minutos anoche... y la tarde que le fue quitado el dinero de Harkness. ¿Quieres ahora que escuchemos la segunda parte del disco, o tienes ya suficiente con lo oído?

—¡Maldito seas, Mumford! — rugió Mac Gibony, echando lumbre por los ojos—. Sé que me odias y me consta que has sido capaz de prepararme esta trampa para hacerme confesar. ¡Nunca confesaré!

Loco de rabia, Mac Gibony se abalanzó sobre Mumford. Pero Patrick adelantó su pie, zancadilleándole, de tal forma que Lowell fue dando traspiés hasta caer de bruces cerca del aparato tocadiscos. Mac Gibony, entonces, alargó sus manos temblorosas, tratando de coger el disco con el evidente ánimo de destruirlo.

—¡Maldita!—rugió fuera de sí—. ¡Maldita seas mil veces, Rita Talmage... y ojalá ardas en el infierno al que te mandé!

—Es bastante con lo que acabas de decir, amigo Mac Gibony —gruñó el teniente Mumford, saltando sobre las espaldas de Lowell y clavándole la rodilla en el costillar—. Si Rita Taima ge está verdaderamente en el infierno, tú no tardarás mucho en ir a reuniría con ella.

Veloz, con habilidad de prestidigitador, Mumford colocó las esposas a Lowell. Este se revolcó en la alfombra, rugiendo de cólera mientras Victoria Talmage ponía a salvo el disco, apretándolo contra su pecho, y Mumford se incorporaba diciendo a Patrick:

—De todas formas, Harkness, tengo que llevarle conmigo al precinto de policía.

—le acompañaré con mucho gusto, teniente Mumford— dijo Patrick. Y sonrió.

También sonrió a Victoria cuando se alejaba hacia la puerta siguiendo a Mumford y al detective que llevaban detenido a Mac Gibony.

—Eres una chica fantástica, Vic —dijo, parándose para que ella le

alcanzara junto a la puerta—. Espero que todo quede aclarado pronto. Y espero también que se me haga la debida justicia, reconociéndose públicamente este error judicial. Luego...

—Ya hablaremos luego, Pat — dijo suavemente la muchacha. Sonrió. Se levantó de puntillas y le cerró los labios con un beso—. Hasta pronto.

Harkness salió, deteniéndose al llegar al centro del camino. La noche era clara, y en el cielo, las estrellas brillaban altas y limpias ofreciendo una perceptible sensación de profundidad. Y fue entonces, al levantar sus ojos, cuando Harkness experimentó por primera vez la seguridad de que era libre, de que nunca bajo la bóveda celeste se cerrarían los techos sombríos de una prisión, y jamás limitarían su visión ni su libertad los aborrecidos barrotes de una reja.

Era libre, pensó. Y era honrado. Era joven también, por fortuna, y la vida le deparaba la oportunidad de olvidar la pesadilla de la prisión ofreciéndole colmada la copa de su felicidad.

En efecto, cuando dos meses más tarde fue estrenado su concierto con todos los honores, debidos a tan gran acontecimiento, la inocencia de Patrick Harkness resplandecía como las estrellas que aquella noche vio al salir de la casa de Victoria Talmage. Y, como dijo el maestro T. C. Brisbane cuando los aplausos resonaban todavía en el Gran Coliseo neoyorquino, algo ganó en gracia a la enorme publicidad que envolvió el «caso Talmage» y la pública rehabilitación de su nombre.

—Si hubiese tenido que pagar toda la publicidad que le han hecho los periódicos, ésta le habría costado quizá un millón de dólares. Y yo no diré que seis años de presidio valgan por un millón de dólares. Pero muchos darían esos años, si al cabo iban a lograr por ello la inspiración para un soberbio concierto, la fama que le precedió al estreno de su obra, y la dicha de lograr el amor de una muchacha tan distinguida y bonita como miss Victoria Talmage.

Victoria estaba presente al hacer el maestro esta afirmación, y miró a Patrick.

—¿Volverías a presidio por todo eso, Patrick? — preguntó.

—Volvería — aseguró Harkness—, aunque sólo fuese por poder casarme contigo.

Esto ocurría en pleno escenario. Al levantarse una vez más el telón en respuesta a las aclamaciones del público, el joven compositor tenía en sus brazos a Victoria Talmage y la estaba besando.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





N.° 1095 El más popular de los actores alemanes de la postguerra. El célebre otoñal ha rodado infinidad de películas en su patria y en el extranjero, algunas de ellas son: "Sin ti todo es tinieblas", "Tamango", "Yo y el coronel", etc.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 6 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $4